



Seix Barral

Vicente Muleiro

La niña de sus ojos



Corre el año 1953 en la Argentina. En la Quinta de Olivos, las jovencitas de la UES se disputan la mirada del General, pero solo una logra ser la elegida. Tras cruzar unas palabras, la adolescente de catorce años se ilusiona y espera la llamada que confirme lo que todos sospechan, incluso sus compañeras. Y la llamada llega, y se suceden el juego de seducción, los sobreentendidos y las promesas. Luego vendrán los paseos en la Siambretta color crema, la primera Navidad compartida, el anillo de oro, el permiso de ver al presidente cuando ella quiera, los besos y la intimidad, las noches en el Palacio Unzué. Tras la muerte de Eva y hasta que se produzca su violento derrocamiento, Nelly Haydeé Rivas será para Perón su amante niña, su Nelita.

Han pasado varias décadas y, en lugar del Palacio Unzué, ubicado en la gran manzana comprendida entre las calles Agüero, Alvear (la actual avenida Libertador), Austria y Las Heras, ahora se levanta la Biblioteca Nacional. Es allí donde comienza esta historia, narrada por el sobrino de Blas, el cocinero de la residencia, quien va al rescate de las versiones y rumores que tuvieron lugar con la llegada de Nelly al palacio afrancesado. Las insinuaciones iniciales, los pretextos para quedarse a dormir, el tácito consentimiento de sus padres, el propósito de convertir al General en su hombre y también la condena social, la separación forzada, los interrogatorios, la lealtad y el odio.

No siempre un autor encuentra el tono y el ritmo más adecuados para contar una historia que ya en sus orígenes era interesante. Vicente Muleiro lo ha logrado en estas páginas. Como señala en la nota final, «La niña de sus ojos es, plenamente, una novela, aunque por sus páginas transcurran sucesos históricos y personalidades reconocibles de la vida política argentina».

Vicente Muleiro




La niña de sus ojos



Título original: *La niña de sus ojos*
Vicente Muleiro, junio de 2021

Revisión: 1.0

 12/06/2021

1

Es acá, sobrina, donde se levanta ese elefante de hormigón. Ahí vivieron. Desde ya, no en este cuadrúpedo cargado de signos, la Biblioteca Nacional, construida con una forzada modernidad destinada a envejecer al día siguiente de su inauguración. No. En el Palacio Unzué, emplazado entonces en esta gran manzana: Agüero, Libertador —que en este tramo se llamaba Alvear—, Austria y Las Heras. Ahí vivieron, y ahí trabajó mi tío y tu tío abuelo Blas, un personaje al que llegué a conocer. ¿Qué se puede ver que ellos también hayan visto? Un ejercicio posible: contemplar las copas de los árboles que persisten y se trenzan en lo alto, tener la suerte de que la brisa del río solape la cara y el pecho mientras se mira hacia arriba, dejándose encandilar por las fugaces estrellas solares que se filtran en la espesura. Puede que Perón y Nelly hayan compartido esas suaves epifanías; puede que Perón, contaminado por la adolescencia de ella, haya sentido otra vez la libertad intemporal de una promesa.

Acá es. En la barranca que cae hacia la avenida quedan restos del jardín que diseñara Rubén Darío. Pero las plantas de ámbar que el poeta hizo sembrar ya no están; las veinte palmeras arracimadas sobre el estanque esfumado, tampoco; al pino inclinado con claveles del aire que besaban el tronco, no se lo ve. Es sobre esa pared de enfrente que alguien escribió «Viva el cáncer» cuando Eva agonizaba a unos pocos metros. Nelly no se propuso reemplazarla. Tenía apenas catorce años cuando se instaló en el Palacio, a principios del 54, pero suficiente lucidez para darse cuenta de que por ese camino no lo iba a encontrar a Perón. Ella le ofrecería otras pulsaciones de la devoción.

Del Palacio Unzué, estrictamente de la planta del Palacio Unzué, no queda nada. Sobre la calle Austria, el Instituto Nacional Juan Domingo Perón, y el café donde él, muñeco de mármol, sonríe desde una mesa, no son restos de aquella construcción porque todo fue condenado al derribo. Rugientes excavadoras y rencorosas piquetas ascendieron a los trompicones por la barranca con el objetivo fundamental de aniquilar a sus fantasmas por orden del general Pedro Eugenio Aramburu, que detentaba la presidencia. Durante su enfermedad, Eva había desatado también aquí las desmesuras de su entrega fundacional. Cuando agonizaba en su cuarto del primer piso, los umbrales de la residencia se convirtieron en un centro de peregrinación y de vigilia; tras su muerte, fue uno de los santuarios donde muchos trataron de enjuagar una pena huérfana.

Si buscás en Internet, podrás encontrar la filmación, de poco más de un minuto, de la demolición aquella. Con voz deportiva y celebrante, el relator del noticiero cinematográfico presenta la destrucción como un inevitable capítulo del progreso urbano. Las paredes caen como bombardeadas desde las costas de Normandía, en el ámbito estallan los bloques de cemento contra el piso y un polvo de muerte ocupa el espacio. No es fácil suponer qué habrá encontrado aquella brigada salvaje. ¿Manuales de historia militar en la biblioteca? ¿Un triste zapato de tacón? ¿Los lápices siempre afilados y en fila de Perón, como otro pelotón a sus órdenes? Es posible que no, que nada. Hay que recordar que, tras el golpe del 55, grupos de saqueadores ingresaron como un tropel de furia a robar y a burlarse de la intimidad de los derrotados y los muertos. El vestuario de Eva fue conservado para su exhibición insultante, para que la plebe supiera de los lujos y exorbitancias en las que pueden caer los resentidos y las putas cuando el poder y los amasijos de la historia les dan un lugar.

Pero no saben, no tienen ni idea de hasta dónde pueden llegar dos guachos —como Perón y Eva— si les es dado disfrutar de sus conquistas en un palacio afrancesado, como el Unzué, comprado por el Estado nacional para salvar a unos ricatólicos en desgracia y destinarlo a residencia presidencial, con sus insomnes leones de piedra blanca, su galería flanqueada por columnas de gloria, su majestuosa escalera en Y. No saben: Perón y Eva se trepaban a las barandas de esa escalera y reconstruían allí los juegos de toboganes placeros que no habían disfrutado a su debido tiempo. La ausencia de infancia la prolonga para siempre, dijo un poeta diestro en paradojas.

Desde el primer piso se montaban en las barandas, él a la derecha y ella a la izquierda. La voz de partida la daba ella, porque decía que siempre era justa y que, en cambio, él era ducho en triquiñuelas. Se lanzaban a caballo desde la baranda y llegaban al unísono, o sea que la diferencia sobre quién de los dos apoyaba primero el pie era de décimas de segundos. Perón cantaba *¡gané!* y Eva protestaba. En esas competencias los encontró una vez el padre Leonardo, que llegaba a intercambiar opiniones sobre conflictos terrenales. Eva le exigió: *Padre, usted se me queda en la punta de la escalera y dictamina, como si fuera la voz del Señor, quién de los dos pone primero el pie en el suelo, porque este es un vivo.* Y el cura los vio: dos saetas sonrientes, zigzagueando sobre los pasamanos redondeados de mármol, sin concederse nada, concentrados, sin mirarse siquiera de reojo para hacerse de la contienda. *¡Perón!*, cantó el cura. Él se dejó ganar la siguiente carrera, pero Eva se dio cuenta y le dio un ataque de furia.

La misma sensación de frescura y clandestinidad sentían acaso cuando se preparaban para salir a una función de gala. Perón, con frac; Eva, con el calce de un vestido diseñado en Europa. *Van a decir de todo, menos que esta ropa no nos queda bien.* Y partían del brazo y abrazados por el mismo burbujeo pecador, por la certeza de compartir una agradable sobrecarga jocosa al saludar al personal de Cancillería, a los dignatarios del cuerpo diplomático.

Esos juegos, y otros más graves, se derrumbaban junto con los espléndidos balcones que se habían dejado acariciar por el jardín; se hacían humo como las alfombras persas y los cortinados que alguna vez habían enmarcado la pose radiante de Eva. En esas semanas de demolición alguien creyó escuchar su gemido por las noches, pero se trataba de roces del viento entre las paredes despeñadas, soplos de brisa sobre los pedazos de una puerta que, en lo alto, daba al vacío sobre la calle Austria, extrañas figuras de derrota aptas para la circulación de espectros, hasta que al día siguiente esos restos de vida habitada también caían bajo el dictamen de una masa

vengadora.

Pero el encuentro de Nelly con Perón no se produjo allí. Se produjo en la Quinta de Olivos, entonces residencia de descanso para los fines de semana e, impensadamente, una de las sedes de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), en este caso para el recreo de las señoritas, según la iniciativa del ministro de Educación, Armando Méndez San Martín, quien había cargado sobre sí la responsabilidad de distraer a su jefe tras la concentrada soledad que respiraba luego de la muerte de su mujer.

Nelly, Nélica Haydeé Rivas, *Nelita*, vivía en San Telmo; era la hija de la portera de una casa de departamentos en Chacabuco al 1200. Había crecido en las penumbras sepias de un hogar pobre y concurría al segundo año del colegio profesional, que entonces preparaba a las mujeres en el arte de dejar caer una milanesa en la sartén y en las murallas defensivas de su monte de Venus. Sin proponérselo, Nelly gozaba de un raro ascendiente entre sus compañeras que estaba dado por su circunspección, la firmeza de sus palabras, su seguridad motriz y la capacidad resolutive para las nimiedades de la vida escolar.

No le había dicho ni a sus padres, ni a sus más cercanas compañeras de curso, que acariciaba el deseo de entregarse al Señor, que la indefinible intensidad con que cargaba su persona requería una resolución fuerte, con alguna variante del absoluto. Ese absoluto no podría ser otro que Dios mismo. Los espacios de consagración deberían ser amplios, silenciosos y secretos como un templo, lejos del rumor humano; su hábitat cotidiano, una celda donde no entrara una mota de polvo; su cuerpo, una piedra blanca, lisa e ignorada. El rumor mental de su solipsismo se complacía con esas imágenes pero, al contrario de su impulso immaculado, las vísceras le respondían a su imaginación con un cosquilleo indefinible que subía y bajaba de su vientre a su garganta, de su garganta a su vientre.

Cuando el curso tuvo que elegir a la delegada de la UES, su triunfo no deseado fue cómodo: era la chica más carismática, aunque ese carisma no se apoyara en despliegues jocosos o liderazgos sonoros. Se negó a aceptarlo, mirá vos. No estaba en el mundo para los esparcimientos deportivos y los cielos abiertos. Pero los maestros y los padres coincidieron en que una apertura a la expansión corporal podía combatir cierta palidez que a ellos les preocupaba. Decidió probar para complacerlos, con la salvedad de que, si la actividad le disgustaba, renunciaría de inmediato.

Perón eran dos sílabas vibrantes en la casa de Nelly, en ese cuarto de prestado al que el padre llegaba de la fábrica de chocolates Noël y donde la madre descansaba de sacar brillo a los corredores. Era, Perón, alguien a quien borrosamente se le debía la digna subsistencia, pero más aún la promesa de salir alguna vez de ese cuartucho donde los tres se escuchaban la respiración por las noches, acostumbrados ya al aroma de sopas o fritangas que seguía flotando a la hora de conciliar el sueño. En algún lugar, a Nelly le importaba más conocer al Presidente, ese mito casero, que hacer deportes, subirse a una motoneta o respirar hondo, entre la arboleda, el aire rioplatense.

Al llegar se sintió incómoda entre ese enjambre que tintineaba en la quinta, indiferenciada entre otras que evolucionaban como dueñas de casa, que encestaban en el aro de básquet como si hicieran un trámite. Perón se acercó en moto a la cancha, las chicas lo rodearon y él se dejó lisonjear. Nelly no esperaba tanto. *¿Así que tenemos amiguitas nuevas hoy? ¿Cómo te llamás?* Ella no creyó que era la destinataria de la pregunta; no era posible, había escuchado mal, se había

equivocado; la emoción le confundía las percepciones. *¿Cómo te llamás?* Ahora estaba claro, una de las compañeras que la flanqueaba la pellizcó para que reaccionara.

Pero la insistencia del General le había puesto un candado a su voz, le había pintado la cara de rojo y le había provocado un retemblor en las piernas y en el estómago. Ella, que no era tímida, estaba súbitamente flotando por fuera del sistema solar. Hubo una tercera pregunta de Perón, y ahí se obligó a levantar su rostro encendido y a decir su nombre.

El resto del día fue una larga emoción aislada. Los árboles no tenían contorno, las chicas eran una mancha difusa de piernas blancas y uniformes azules. De vez en cuando, alguna se acercaba para confirmarle: *Te fichó, te fichó. Y cómo te fichó.* Nelly se confrontó con nuevos dilemas: dónde podría quedar el domicilio de la vida después de ese episodio, cómo sería hacer algo que no fuera pensar en Perón, cómo difuminar la presencia de ese hombre que ya la había humedecido, cómo vivir en la espera de una determinación cuya negativa solo le sonaba como la variante de una derrota sin contorno. Pero iba a tener que acostumbrarse a cargar con su cuerpo, a soportar distancias y miradas de envidia, a abismarse de regreso en el ómnibus, a desplegar con una locuacidad inhabitual al llegar a su casa y hablar hasta por los codos con sus padres, que le preguntaban una y otra vez cómo era Perón, cómo estaba vestido, qué habían almorzado y rogarle que repitiera.

¿Así que tenemos nuevas amiguitas hoy? ¿Cómo te llamás?

Nelly no hubiera podido contar jamás cómo fue esa primera semana de espera y niebla mental porque casi no podía contárselo a sí misma. Los días pasaron como difusas estaciones en las que el tren no se detenía. Más reconcentrada que lánguida, imaginó un asalto. Era imposible que ese abrazo que había comenzado a bosquejar no sucediera. Las riendas las tenía ella y no las iba a soltar.

En las visitas que siguieron Perón la tenía en su radar. Distinguía su pelo negro, el vuelco generoso de su labio inferior, la mirada que siempre parecía cargar con una pregunta o una prefiguración, la lenta precisión de sus movimientos, el aire ausente e insumiso que le daba a su tirante juventud cierta cualidad intemporal entre una multitud de avispas voladoras sobre el césped de la Quinta de Olivos. Pero el minué de aproximación era decididamente mutuo y se pertrechaba con coincidentes miradas de reojo, gestos disimuladamente dedicados, guiños y calculadas indiferencias. Él apresuró esa danza: la sentó a su lado en un almuerzo y entre anécdotas banales y comentarios sobre las actividades deportivas tuvo la información completa sobre la niña y hasta el número de teléfono para entregar novedades sobre un lanzado y directo pedido de ella: una casa para sus padres, que avanzaban hacia la vejez en un ambiente oscuro y prestado de San Telmo. Nelly comenzó a sentir el redoblado acoso y la animosidad de sus compañeras de la UES: preguntas, desplantes, vacíos, más preguntas. Sus compañeras intuían que, por alguna razón incógnita y difícil de determinar, Nelly era la elegida. Su dependencia emocional de las aproximaciones de Perón teñía la totalidad de los días, gobernada por un estado de sobreinterpretación en torno de cada uno de los pasos de él. Su afán religioso se disolvió: todo el vapor pasional hacia un Dios tan potente como elusivo se desplazó a un cuerpo y a una persona.

El Ministro de Educación tomó nota de la franca elección de su jefe por esa chica a la que él no le adivinaba ninguna cualidad.

Méndez San Martín había creado la UES para el solaz de Perón, para que diluyera su soledad

y sus preocupaciones políticas entre un enjambre de adolescentes dispuestas, pero no para que de allí apareciera una reemplazante de la irremplazable, su jefa e idolatrada Eva Perón. Tampoco para que una mocosa de 14 años se saltara su autoridad, su papel de filtro de las relaciones del General, con un arrojo y una confianza que lo descartaba.

Tomó medidas: un sábado a la mañana en la entrada de la quinta, un esbirro, el Molusco Lombardi, obeso, semicalvo, grosero, intimidatorio, le pidió a Nelly el carné de la UES, se lo retuvo, lo observó un segundo, le mintió que estaba vencido y lo rompió delante de sus ojos nublados. Sus compañeras pasaron corriendo como un ventarrón de jolgorio y ella se quedó sola, en la puerta de ingreso, hasta retirarse lentamente por la avenida Maipú y regresar a su casa con un plan inmovible en la cabeza, que concretaría, con cálculo, a las dos semanas: dos compañeras distrajeron a la guardia que, además, ya no la esperaba. El Molusco no estaba entre los controles, y se introdujo en la quinta. Sabía con exactitud el camino que tomaba Perón después de acelerar en su Siambretta.

Ella aguardó sentada en el césped y le clavó los ojos apenas él dejó atrás la curva. Esta vez Perón fue parco pero rotundo: le dio su teléfono directo, el del dormitorio del Palacio Unzué, y le dijo que ante cualquier nuevo problema lo llamase, también que él se iba a encargarse de ubicarla.

Nelly, la imaginación de Nelly, los palpitos de Nelly no necesitaban nada más mientras la moto se perdía entre los senderos arbolados a la búsqueda de esa jarana de ninfas en la que él se sumergía los fines de semana.

Por unas jornadas, la vida de Nelly fue una guardia pasiva de esa llamada. Al cuarto día, Atilio Renzi, el asistente más fiel de Perón y mayordomo del Palacio Unzué, fue quien le avisó que en unos minutos pasaría a buscarla un auto. Tuvo tiempo para arreglarse con menos escozor y menos exigencia que la que proponía su madre. Atravesó la ciudad repitiéndose la certeza de que él la tenía presente. A cara limpia aspiró la tensión que flotaba en el despacho de Perón, con un Méndez San Martín verde y un Molusco Lombardi acorralado por el temor de un castigo. Perón la saludó con una sonrisa de bienvenida. *¿Vieron que estaba la nena, vieron que no había desaparecido?* No escuchó las explicaciones de su ministro y su guardaespaldas porque sabía que eran todas falsas y les pidió que se retiraran como quien dicta una condena. *Nunca te vi subir a una motoneta. Estoy esperando que usted me enseñe. Te voy a enseñar.*

Y ese sábado, en Olivos, Perón apareció montado en una Siambretta color crema para frenar en un apartado cruce de caminos que comenzaba a ser de ellos. Nelly había decidido no vestirse con el uniforme de la UES: llevaba un solero que le remarcaba los senos y descubría sus hombros. Su cabellera negra, corta, ondulada, se disponía como la de una mujer hecha que aún no era. Perón le dijo que la pollera de su vestido no era la mejor prenda para tomar clases de motociclismo, pero igual ella accionó el pedal con fuerza y se concentró en las instrucciones. Un vals de roces de mejillas, de brazos, de breves risas y de súbitas circunspecciones armaron una suave y sobreentendida sintaxis carnal. Ella, que no era la mujer más hermosa de la comarca, se sabía, sin embargo, fresca y espléndida. Exactamente así la percibió él.

2

Sobre cómo y cuándo Nelly plantó sus reales en el Palacio Unzué hay más de una versión. Quizá todas sean un poco ciertas, acaso alguna tenga falsos detalles, pero entre ellas se arma la verdad incontrastable: la convivencia de la pareja en la residencia presidencial.

Antes de mandarse sola había concurrido en grupo con sus compañeras de la UES para quedar, como todas, más embobadas con el vestuario de Eva que con los salones principescos de la planta baja. Pero la primera visita personal y la treta que le permitió quedarse tienen que ver con los famosos caniches que le había regalado el empresario Alberto Dodero a Eva y a los que tanto se había aficionado Perón. Ambos se infantilizaban con esos perros, eso se notaba hasta en los nombres *Monito* y *Tinolita*. Perón no se desprendía de ellos una vez que salía de la Casa de Gobierno. Los fines de semana se los llevaban a Olivos, y una de las chicas era consignada para retornarlos al Palacio el domingo a la noche. Todas aspiraban al encargo y en un atardecer esperado Nelly fue la elegida. Ella sabía que debía ir más allá de su misión, que depositar a los perros y volver sin más a su casa de San Telmo sería una derrota. Entre Olivos y Barrio Norte acarició a los lanudos y su estratagema.

Cuando se bajó del auto el mayordomo merodeaba en la entrada.

Ella le dijo que los dos tenían moquillo y recibió la esperada orden de quedarse a cuidarlos. Mientras ascendía las escalinatas, Nelly clavó una frase en su cabeza: *De acá no me sacan más*. Y terminaría siendo cierto, aunque no en los tiempos idealizados por ella. Esa misma noche Perón le ordenó a Atilio Renzi que tomara el teléfono, luego de que ella hablara con sus padres, para reafirmar que Nelly pernoctaría allí, con él como garante. Le destinaron un cuarto por el que avanzó en puntas de pie. El cuarto de Eva, un espacio sacralizado por la devoción y la muerte. A pesar de la ebullición emocional y hormonal que le entregaba el triunfo de cruzar la noche, pared de por medio, con Perón, su exaltación y su insomnio se poblaron de notas graves. Era demasiado aquello que también era cierto. Pero su ambición de máxima, excesiva, desubicada, no se cumplió en la ocasión y retornó casi sin escalas a su casa cenicienta.

Quizá hubo algunas visitas espaciadas al Palacio, acaso cada quince días Nelly subía aquellas escaleras en Y. Pero la progresión de acercamientos no se dio allí sino en Olivos, donde Perón seguía distinguiéndola. Él decidió celebrar la Navidad en la Quinta, en compañía de sus chicas y algunos colaboradores. Volvió a sentarla a su derecha. Después de las doce todas corrieron hacia

sus regalos, algunos ampulosos; no el de Nelly, un anillo de oro al que ella le otorgó una carga tan premonitoria como la frase de despedida que él le dedicó: *Usted puede venir a verme cuando quiera*.

Nelly se propuso que la cena se reiterara en Año Nuevo. Su padre era un escollo; a cambio de su ausencia en la mesa de Navidad, ella había pactado que recibirían juntos el año 1954. Lo enfrentó con la consecuencia prevista, porque don José desató todas las sospechas acumuladas, un remordimiento confuso —y por eso más agresivo—, pues en algún lugar se enorgullecía de que su hija aleteara en torno al Presidente. Ella pasó de una defensa inocente a otra enjundiosa: gracias a las gestiones de ella, sus padres se mudarían pronto a una casa de Sarandí y, más aún, gracias a lo que Perón hacía no solo por ellos sino por todos los trabajadores. Él no tenía nada para ofrecer a cambio, salvo la pretendida defensa del honor de su hija; la madre mantuvo un silencio neutro. José se conformó con la promesa desvaída y sobreentendida de que entre el General y su hija no había vida sexual.

Aunque Perón aceptó la sugerencia sobre el festejo del Año Nuevo, tomó sus recaudos: no sería en la Quinta de Olivos —hacia donde muchos dirigirían sus miradas por si se reiteraba la sospechosa cena navideña—; no sería a solas con ella; cuatro chicas más, hijas de amigos, lo acompañarían a San Vicente, la casa de descanso que había compartido con Eva. El pacto implicaba que todas permanecerían hasta los primeros minutos del nuevo año. Luego serían repartidas en las casas de sus padres.

Pero ella se animó a un lance bravo: le pidió a Perón quedarse a dormir allí. Él aceptó con la condición de que se quedaran todas, las cinco. Cada una de las invitadas telefoneó a su casa y la noche se extendió en San Vicente, a resguardo de un asalto solitario de Nelly. Ella tomó nota: Perón le temía a esa escena, el juego de cercanías era bastante más complicado de lo que había previsto.

Mientras el calor abrazaba los primeros días de 1954, se martirizó con la sospecha de que él se le escapaba, de que había tomado la determinación de no poseerla. Intuía los rumores de su deseo, percibía el leve zamarreo emocional que siempre le generaba su aparición y creía que, consciente de eso, él había optado por contenerse. A los pocos días sus temores se corroboraron: él no concurrió los dos primeros fines de semana del nuevo año a la Quinta de Olivos.

Algunas chicharras rumoreaban en el parque del Palacio Unzué cuando ella se anunció en el penúltimo mediodía de enero. Perón no se asombró y la invitó a almorzar. El hilo tenso que los unía se deshilvanaba muy lentamente. Nelly, de vacaciones en el Colegio, se convirtió en la compañera de los almuerzos de Perón. Salía de su casa de Sarandí a las 11 y su llegada coincidía con la del General, que venía desde la sede del Gobierno. Ella no sabía qué responder cuando los pocos enterados la acosaban con preguntas porque el hombre más poderoso del país era acaso el hombre más solo del mundo, quizá por determinación propia. Nelly suponía bien que él tendría para elegir si deseaba compartir sus mediodías con colaboradores, diplomáticos, delegaciones, amigos o mujeres a la caza del gran viudo. Fuera de algunos celos, de algún temor a perder posiciones, el personal del Palacio celebró la presencia de Nelly. Desde su llegada, el talante de Perón había mejorado. No sabían de qué charlaba tanto el General con esa niña a la que no le podían atribuir cualidades especiales: formación política, una belleza restallante, un repertorio de sutil, agresiva o endiablada seducción.

Pero el dueño de casa se sentía bien y, después de almorzar, se retiraba a dormir su breve

siesta; luego salía sin saludarla, mientras ella permanecía hasta el atardecer en la sala de proyección, devorando películas de Hollywood.

Un día no se quiso ir. Llovía demasiado y él aceptó como cierto ese resfrío que tan mal fingía con una voz nasal y una tos forzada: hizo llamar a sus padres, prometió cuidados médicos y le destinó nuevamente el que había sido el cuarto de Eva. Separada por una pared, Nelly dormía otra vez a unos metros de Perón. Estaba cada vez más cerca y creía tener una comprensión precisa de lo que a él le pasaba con ella: la deseaba, no tenía duda, pero aun siendo un hombre sin prejuicios, que había hecho estallar la mojigatería de sus camaradas de armas y de sus esposas, le importaba más cierto confuso remordimiento ante ella que volver a desatar chismes a los que estaba acostumbrado. Para Nelly, Perón había anclado en ese punto de indeterminación y no sería él quien precipitase nada. La química emocional de Nelly era diferente y unidireccional: Perón era su hombre, era el único Hombre. Se lo decía hasta su manera de ocupar el espacio cerca de ella, su perfume, su cuerpo olímpico que condenaba todo a segundo plano, la deferencia con que le hablaba, el lustre de sus botas cuando aparecía vestido de militar, la sonrisa melancólica con la que se abismaba al mirarla, como si de antemano estuviera derrotado.

Los primeros días de estada completa en el Palacio Unzué, bajo la observación del personal de maestranza y los asistentes cercanos de Perón, bien podrían leerse como una cuidadosa y relajada relación padre-hija, altamente benéfica para ambos, con tantas novedades para ella; con el alivio de dedicarse a alguien, para él.

Pero ella sabía de otros hervores. Creía que el ascenso erótico y solitario que emprendía por las noches, masturbándose ferozmente con el fantasma del General, tendría ondas expansivas que traspasaban al cuarto del lado donde cada noche se escuchaba el rumor vocálico y ahuecado del televisor.

Después de cuatro noches desatadas en efusión solitaria y vueltas y revueltas atadas a un cuerpo defraudado, le dijo que quería ver televisión con él. Perón aceptó, pero tomó la precaución de no hacerlo como siempre, recostado en la cama. Le pidió al mayordomo que colocara dos butacones a una breve distancia para que se armara esa platea de dos futuros amantes algo intimidados, que cambiaban interjecciones y comentarios sobre la imagen plateada que desparramaba el Canal 7 hasta que él decía: *Bueno Nelita*, y ella aspiraba el perfume de su mejilla antes de retirarse con una sonrisa perturbada a su cuarto y prohibirse el orgasmo que sentía cercano porque, se juraba, el próximo le iba a estallar con él cubriéndola.

Había decidido el día y acaso los pormenores del arrojito. Tras el desayuno que le servían con esmero, aguardó que las empleadas limpiaran el cuarto de Perón y se introdujo a hurtadillas para hacer un movimiento travieso: acercar levemente las butacas en las que por la noche verían televisión para quedar a tiro de quien, había decidido, esa noche la desvirgaría. Se sentó en su butaca, estiró una y otra vez la mano derecha y se dio por conforme. Durante la jornada entreabrió la puerta del dormitorio dos o tres veces para comprobar que nadie había recolocado las sillas en su posición anterior. El día se le hizo más lento porque él no regresó a almorzar, ocupado en una cabalgata de actos protocolares. Él no le transmitía a Nelly las intrigas políticas, salvo algunos comentarios generales y mayormente resentidos: *Son unos miserables, ya van a ver, se creen que van a doblegarme. Adivino a los traidores apenas cruzan la puerta*. Ella intuía que él no quería una interlocución sobre los hervores del poder. Tampoco se proponía averiguar otra cosa que calibrar su estado de ánimo y aunar, si cabía, con una presencia coloreada por el

acontecer doméstico del Palacio; las gracias y curiosidades de los animales del parque; la escucha atenta a la incontenible predisposición didáctica de él, que pretendía instruirla sobre todas las cosas del mundo, desde el manejo de los cubiertos, hasta la historia universal, la posición exacta de los esquíes para descender por un cerro cordillerano o el giro preciso del volante para aprender a conducir el automóvil. Perón se desconectaba con Nelly, la inmersión en un espacio anodino y vincular era algo expresamente buscado.

Después de una cena casi monosilábica, ella se cambió el vestido por un conjunto *sport* liviano. Bajo la remera, se hamacaban los senos; una pollera pantalón le dejaba al descubierto las piernas. Se sentó a su lado, frente al televisor, y no tardó mucho en acercar su mano al muslo izquierdo de Perón, como si el corte publicitario hubiera sido una señal convenida. Él recibió la novedad como un golpe eléctrico que apenas contuvo. Ella simplemente deslizaba su palma abierta por la pierna de él, de repente la detenía y volvía a arrancar. Que él respondiera con el silencio y cierto envaramiento le parecía a ella la mejor señal. Hasta que se decidió y buscó sin vacilaciones el sexo semierecto y lo sobó hasta gozar una erección completa que se izó debajo del pantalón. Él posó su mano sobre la de ella y la apretó aún más contra sí. Con la otra mano atrajo su cabeza y se mezclaron en un beso definitivo que los dejó en el apremio de hurgarse la piel debajo de esas ropas que fueron cayendo al lado de la cama a la que ella se precipitó, desparramando su desnudez tal como había imaginado, preparada para dejarse llevar y para apropiarse del cuerpo que había entrevisto e imaginado. Desflorar era para él una esgrima conocida, que había practicado con frecuencia y que ahora se había propuesto ejercer como un arte mayor. Calibrar los impulsos arremetedores que le imponía el cuerpo de Nelly era la llave maestra; aunque, a diferencia de Aurelia, de María Cecilia, de Giovanna, ella no pedía ni entregaba prevenciones.

3

Nelly prolongó esa noche inaugural en una duermevela de conquista. A las cinco de la mañana lo escuchó levantarse y espió sus ejercicios de calistenia, desnudo sobre la alfombra. Disimuló dormir cuando le dio un beso con sabor a colonia y a café y lo dejó irse con sigilo. Después rodó por la cama ancha y se desperezó ya como la reina del Palacio. Se volvió a bañar y le sirvieron el desayuno en el comedor diario. Luego salió a ensimismarse en el parque que bajaba hacia la avenida y el río. Quería ver al pavo real, el sorprendente despliegue en abanico de su plumaje. Pero una voz como cascada y añeja la sobresaltó alegremente: *Hola, preciosa.*

Giró y no encontró a nadie.

La voz tuvo que repetirse: *Hola, preciosa.* Entonces vio al loro, al Tehuelche, asentado en uno de sus domicilios, una barra de hierro en T debajo de un profuso gomero. La barra tenía adosado un semillero con sus ovaladas pipas de girasol. Al loro lo dominaba el color rojo, una barba negra le adornaba el pico ganchudo; en las alas, se desparramaban franjas azules y amarillas, y la cola se disponía casi como una flecha que apuntaba al suelo, con angostas líneas celestes y rojas. *Hola, preciosa.* Nelly se rio imaginando a Perón en un paciente entrenamiento, se preguntó qué artes tenía su hombre para relacionarse con las aves. Ya lo había contemplado con asombro convocando pájaros en los espacios abiertos de Olivos y de San Vicente, donde un mirlo acudía a posarse en su hombro apenas lo divisaba. El Tehuelche contaba con un repertorio que reproducía el humor de su dueño cuando anunciaba la llegada de algún ministro despreciado. *Boludo a la vista.* Y, en cualquier momento, como el *leiv-motiv* de su cualidad canora, como su momento predilecto de loro afortunado, entonaba una y otra vez la estrofa inicial de la marcha peronista: *Los muchachos peronistas/todos unidos triunfaremos/y como siempre daremos/un grito de corazón/¡Viva Perón, Viva Perón!*

El Tehuelche se quedaba colgado en el último verso de esa estrofa y, cada vez que volvía a cantar, a Nelly le provocaba una satisfacción jubilosa; no tanto por lo que oía, sino porque se imaginaba una y otra vez a Perón, tenaz y divertido, aplicando toda su infinita paciencia didáctica a la atención embelesada del loro y al enérgico golpeteo de las sílabas finales: *¡Viva Perón! ¡Viva Perón!*

4

¡Cuidado con el cuervo! No, Perón no le había enseñado al Tehuelche que delatara la llegada de cualquier sacerdote que subiera las escaleras del Palacio arremangándose la sotana para que, en realidad, la víctima fuera el padre Leonardo, que lo visitaba con alguna frecuencia con el fin de darle más advertencias que absoluciones. Parado en lo alto de la escalera, Perón reía. El cura Leonardo, reconcentrado, cargado con noticias y reflexiones, apenas ladeó la cabeza como desdeñando la picardía.

Nelly vio cómo subían juntos al comedor diario y eligió mantenerse a distancia, observar la conversación sin escucharla. Intuyó que el cura, sereno y afligido, le reprochaba al General la relación con ella. Le pareció que de eso se trataba por las reacciones corporales de Perón: la risa olímpica del principio, las interjecciones despectivas que le siguieron. Después vio que Perón se ponía serio y, si ella no percibía mal, profería amenazas y, acaso, hasta anunciaba aniquilaciones. Más de una hora se entretuvo decodificando labios, rostros, posturas. No le gustó que el final de la charla fuera grave, que las risas se hubieran retirado del todo. ¿Era un enemigo el padre Leonardo? ¿Era un enviado del enemigo? Ella supo que no cuando se incorporaron y Perón lo tomó fraternalmente del brazo y descendió con él la escalera, sin reírse por la insistencia del Tehuelche: *¡Cuidado con el cuervo!*

Nelly y Perón se buscaron, se abrazaron y matizaron con pocas palabras la espera de la cena. En Perón bullía eso que no quería comentar con Nelly: las habladurías y los chismes sobre una nueva y desorbitada etapa de su vida, las mentiras que difundían en los pulpitos y sus alrededores todos los domingos, días de guardar y de no guardar, habían ingresado a una etapa superior y, a juicio del cura Leonardo, ya peligrosa. El rumor jocoso y malévol, el cuento y la broma inventadas para colorear el odio político se desplazaba a un martilleo que se convertía en una verdad defendida por unos —el General estaba en su derecho de hacer lo que quisiera— y estigmatizada por otros —el General estaba en la cumbre del gozo abusivo y dionisiaco de su poder—. La coincidencia de que habitaba en un Jardín de las Delicias donde los tótem eran los cuerpos desnudos de las ninfas, las barras de oro acariciadas sensualmente en sótanos oscuros, tanto para quienes lo defendían como para quienes lo atacaban, eran para el cura los signos de un cambio de humor social que no lo beneficiaría. Leonardo le recomendó sobriedad, no como remedio ético, sino como respuesta política a las fantasías de aquelarre echadas a andar como

una campaña orquestada que comenzaba a dar muestras de éxito, tanto entre los que lo celebraban como el primer macho argentino como entre quienes buscaban parangonar su poder con su pecado y con la prefiguración de un infierno, de un castigo divino que comprendería a todo el cuerpo de la Nación.

Nelly le escuchó una respiración levemente agitada. Nunca lo había visto así: con esa mirada impaciente que buscaba posarse en algún objeto para dispararla como invectiva, con los ojos súbitamente achinados de quien pergeña una maldad o una venganza, con ese voltaje de ansiedad malsana. *General, Presidente, es preocupante que esas habladurías estén penetrando en la oficialidad del Ejército. Los conozco a todos, padre, muchos de ellos no son verdes, son rosa y no solo fueron penetrados por habladurías. Sus estúpidas mujeres ponen los ojos en blanco porque a mí me gustan las hembras frescas y algunas de ellas ni se imaginan con el perverso que se acuestan. Bien lo sé.*

Perón había accedido a una copia del informe elevado al jefe del Ejército, al ministro de Guerra y al mismísimo presidente Ramón Castillo en 1942, donde se describían las correrías de cadetes, oficiales jóvenes y altos oficiales. El señuelo lo había entregado un cadete de segundo año que llegó ebrio y zigzagueante a presentarse a su cuartel del arma de caballería. El teniente que lo recibió en la guardia tiró de esa lengua pastosa y emancipada. *Club de Solteros. Peña y Junín. Buen champagne. Muchos regalos.*

Empresarios, ganaderos, obispos, generales. También altos oficiales de la Armada. Plata. Música. Chicas también. Maipo. Carcajadas.

Tabarís. Risa, risa. Frula. De la buena.

Indignado, el teniente pidió iniciar la investigación. Revisó, allanó, decomisó, bebió *whisky* en bares de Barrio Norte y Recoleta, consiguió el apoyo del jefe de Policía, interrogó con severidad, laceraciones y desprecio. Desparramó ayudantes de su confianza en clubes-pantalla donde no se jugaba ni al *bridge* ni al ajedrez; consiguió asistir como novato corifeo a eso que llamaban «casamiento», donde el cadete lucía ataviado con el sacrosanto uniforme de salida, de la cintura hacia arriba y de la cintura para abajo con calzoncillos blancos, zapatos charolados y medias ajustadas por debajo de las rodillas. Y la pareja, ella-él, estaba maquillado, empelucado, vestido de novia, solemne y con una emoción arrebujada que quizá hablaba más de un sueño que de una pantomima. En los guardarropas de los bisoños militares se encontraron fotos ceremoniosas, pecaminosas, documentos falsificados, cartas de amor, alhajas, blanca. Fueron reconocidos otros antros, fueron develadas curiosas identidades sincréticas: el teniente coronel falangista disfrazado y bailando a lo Mistinguett, el acerado almirante inclinado sobre una bragueta. Hubo expulsiones, tribunales de honor, fugas, presos, suicidas. Hasta que el informe fue subiendo de escalafón y, cuando llegó a la cúspide, decidieron: *Quemen esos papeles de mierda, que se esfumen en una hoguera. Y yo quiero estar presente cuando los quemen.*

No hubo Corte Suprema de Justicia —para alivio de uno de sus integrantes—, no hubo tampoco dictamen del Consejo Superior del Tribunal de Justicia Militar. Hubo sí una fogata en el patio de un cuartel y un silencio juramentado que, por diversos canales de comunicación informal, ya había sido violado. Perón conocía a todos los fiesteros y poseía toda la información. Más todavía: la había usado como un disuasivo eficaz ante algunos díscolos que se habían plantado contra la Revolución del 43. Y ahora, los oficiales que habían accedido a la plana mayor y a las principales jefaturas operativas, los que habían convivido con aquellas saturnales o

las habían apañado, o callado para mantener el immaculado prestigio de la institución, hacían llover sobre la atmósfera pública esa moralina teñida de muchas mentiras y de alguna verdad — sí, su convivencia con Nelly— que no tenía por qué incordiarlos tanto. *Desviados*.

Pasearse por el rellano, contemplar las escaleras y el parque nocturno y silencioso no era lo que Perón hacía todas las noches antes de acostarse con Nelly. Pero la visita del cura Leonardo había generado leves desplazamientos. Ella lo fue a buscar, lo apretó contra su cuerpo como queriendo absorber su movediza pesadumbre, como deseando enjuagar sus cavilaciones, y lo tomó del brazo rumbo al dormitorio. Era una niña que corporalmente imponía algún dominio sobre ese hombre casi cuatro veces mayor, era un gorrión confortando a una rapaz ave de montaña. Pero la potencia de Nelly era pasional y lo arrasaba cuando lo desvestía, cuando lo empujaba suavemente a la cama y él le cedía el mando para que ella lo ascendiera sin retorno, sin dejarle ningún resquicio para negarse a sus cada vez más intrépidas avanzadas eróticas.

Con su torpeza, con su inexperiencia, ella armaba un triunfal arte de glotonería que vencía al General y lo trasmutaba, después del amor, en un perro agradecido.

No esa vez. Él yacía de espaldas y ella vio cómo se agitaba en leves convulsiones, cómo trataba de sofrenar las ondulaciones de su torso desnudo, cómo se imponía evitarle una función amarga e inesperada. Pero fue en vano. Ella supo enseguida que Perón estaba llorando, que desde la cúspide del placer había descendido a un socavón que quizá se había cavado en algún punto remoto de su tiempo o al que acababa de ingresar. Descubierta, decidió alejarse un poco más de ella; entregarle el llanto era demasiada indefensión. *Te arruiné la vida, te arruiné la vida, te la arruiné para siempre. Tan joven, te la arruiné.*

Nelly no encontraba las palabras para soltar eso que quería decir.

Que estaba agradecida de su llanto, de su abandono. Que era un regalo extraordinario. Que no solo no le había arruinado la vida sino que se la había cargado de sentido, de placer, de bienes para ella y para sus padres. Y, sobre todo, que le había puesto un contorno a su destino neblinoso. Que junto a él había encontrado un alimento imposible, una religiosidad que podía corporizarse; ella se sentía aquello que, en sus ensoñaciones, había querido sentirse: una santa. *No, te la arruiné.* Perón posó una mano sobre su cuerpo desnudo, la deslizó una y otra por el arco de su cintura y se fue serenando hasta dormirse. Ella se quedó con los ojos encendidos.

Estaba creciendo aceleradamente, estaba siendo aceleradamente. En media hora, Nelly ya era veinte años mayor; una sabiduría indiscernible se había adherido a su espíritu como una costra, mientras le faltaban unos pocos días para cumplir quince años.

El día siguiente fue circunspecto, una batalla en sordina entre cierta distancia que impuso él y los arrestos de ella por acortarla y retornarlo a su locuacidad jovial. Nelly sentía que dos amenazas prensaban el aire: la que había transmitido el padre Leonardo y ella, ella misma, Nelly, última y primera razón de su pesadumbre. Sin embargo, en la cena Perón cambió al abrirse hacia un nuevo objetivo para ambos: *Vas a cumplir quince años, vamos a invitar a unos pocos amigos, a tus padres y lo vamos a festejar acá.*

Nelly volvió a tintinear. Mantenía con José María y María Sebastiana un frágil puente de sobreentendidos, una comunicación avara donde su pareja con Perón era aprobada sin palabras, como si nombrarla fuera aceptar el pecado. Festejar sus quince en el Palacio Unzué cobraba para ella el valor de una legalización, una curiosa metáfora del casamiento imposible. Que sus padres fueran invitados a una fiesta que ellos jamás hubieran podido dar curaba todas las grietas y

cortaba el camino del lenguaje gravoso con un acontecimiento magnífico que solo un hombre como el suyo era capaz de armar, casi como un acto de fe entregado a la niña de sus ojos.

Perón le puso a Nelly una asistente jovial y dispuesta que se sintió privilegiada por la misión de esculpirla como a una quinceañera radiante. Vestidos, sombreros, peinados, zapatos, sombras y líneas de maquillaje, nada quedaría al azar para que ascendiera a su máxima belleza posible. Renzi, el mayordomo, devoto de Nelly por carácter transitivo, dispuso el menú y el Palacio con la combinación de sobriedad y gusto que, lo sabía, agradaban al Presidente. Cuando llegó esa tarde feliz y otoñal, Nelly Rivas se había convertido ya en una niña-mujer capaz de armarse su lugar, con presencia y sin alharacas, de relacionarse con su pareja con una naturalidad que asombraba a quienes estaban dispuestos a soportar a una chica anonadada o a una Lolita caprichosa y fuera de cuadro.

Con delicada solvencia, ella posó sus manos sobre el piano Steinway del salón principal. Perón se focalizó sin esfuerzo en los intimidados padres de Nelly, a los que sedujo hamacándose en un *status* indefinido como padrino protector, amante servicial de Nelly y dador generoso de un lugar especial para esa pareja de trabajadores. Él se felicitaba secretamente nada más que apuntando la mirada a los hombros descubiertos de ella, a esa piel brillante y suave, ese placer, esa promesa de estallido, esa criolla joven que buscaba trampear al tiempo imponiéndole, contrabandeándole su determinación de ser una mujer total, con esos ojos pardos que taladraban al Presidente.

Lo lindo de las visitas es que lleguen y también que se vayan; lo lindo de las fiestas es que, en un punto, estallan y después se terminan. Pasada la medianoche, retirados los invitados y cumplido el servicio, Nelly y Perón rodaron en la cama de otra manera, como si hubieran escalado un peldaño más de confianza y complicidad. El agradecimiento de Nelly a la original, inefable e impensada fiesta de quince se prolongó hasta los primeros segundos de la madrugada como el agradecimiento de Perón por la posibilidad de seguir mordiendo vida. *Te quiero, nena. Lo quiero, lo amo, General.*

5

En el Palacio se sucedieron unos días tranquilos. Los crecientes rumores de que algo amenazante serpenteaba por las calles, de que un ovillo de malos presagios crecía en la ciudad y acaso en el país eran en el Unzué murmuraciones preocupadas entre el personal y repentinos sellos de silencio si se acercaba Nelly, si llegaba Perón, si se adivinaban los pasos de Renzi. El Molusco Lombardi —según la intuición de Nelly, un infiltrado— se desplazaba con un plus de energía entre las diligencias banales de la casa, como si le bullera una alegría que debía ocultar. Pero, aunque no lo creas, sobrina, el que desparramaba confianza y disipaba los ventarrones de temor era el propio Perón, que arribaba como espantando los trajines, realidades y discusiones de las horas precedentes. Bien dispuesto, entraba al aura feliz de Nelly, hablaba de las modificaciones en el parque y se desbordaba de risa cuando trataba de ampliar hasta lo imposible el repertorio replicante del Tehuelche. *Gorrión, gorrión.*

Hola preciosa. Cuidado con el cuervo. Boludo a la vista. Gorrión.

La noche del incendio en los sótanos del Palacio, Nelly interrogó mudamente al Molusco una y otra vez, hasta quedar absolutamente convencida de que su mirada era esquiva. A la par de Renzi, Lombardi había encabezado el operativo de evacuación y el apagón de los focos de fuego con un empeño que para ella era un arte de simulación. Renzi quiso creer que había sido un accidente de cortocircuitos o combustibles fuera de lugar, Perón se hizo el que creía, Nelly no lo creyó y siguió auscultando a Lombardi. Aterrizados en el césped del parque, enganchados sobre las plantas, mojados por la lluvia, habían aparecido volantes que decían *¡Abajo el tirano!* Ella volvió a fusilar al Molusco, Perón se rio. *Están solos, solos y desesperados.*

El General no quería, o no se permitía, entrar en el clima de amenazas y acorralamiento que planeaba sobre Buenos Aires e ingresaba a filones en el Palacio Unzué. Perón quería tararear tangos de Discépolo, darle clases al Tehuelche, desvestir a Nelly como rezándole. Quería ir a la Quinta de Olivos los fines de semana, contemplar los torneos deportivos y dejarse lisonjear por el gorjeo de las chicas; quería averiguar la combustión íntima de las motonetas, las Siambretta, las —decían algunos— Peronetas; quería calzarse el gorro con visera que odiaban los radicales; quería salir de la impiadosa seguidilla de muertes: la de Eva, la de su madre, la de su cuñado y secretario Juan Duarte, la del vicepresidente Hortensio Quijano, la de su hermano Avelino.

Después de haber soñado con cientos de ataúdes que llovían en diagonal, de despertarse de la

pesadilla y abrazar a Nelly, quería posar con esa sonrisa gardeliana que tantos odiaban y quería que su arresto de felicidad, que su sincero impulso vitalista apareciera en las tapas de las revistas, en los diarios, en los noticieros cinematográficos y fuera un guantazo en la cara de sus rivales y un indignado rictus de asco y desprecio en las peluquerías de ciertas señoras.

Perón no había sido sorprendido por el padre Leonardo y su recitado de chismes que planeaban sobre Buenos Aires y más allá. Aunque sus alcahuetes más cercanos habían creído que lo mejor era protegerlo con el silencio, el General se mantenía al tanto del derrame difuso y constante de esos comadreos. Solían estar encabezados o remachados por un concepto que nadie discutía porque le daba una razón de fondo al supuesto desmadre: desde la muerte de Eva, él no había conseguido plantarse sobre su eje.

Según la cota de empatía, imaginación u odio, se barajaban algunas alternativas. Uno: había un duelo sincero por esa mujer única, ninguna iba a ocupar ese lugar en sus sentimientos. Después de meses de lacerante soledad, Perón salía a divertirse un poco. Dos: Eva jamás hubiera permitido los desafueros de la UES y a quien se le hubiese ocurrido esa organización juvenil lo hubiera borrado, escarnecido y, de ser posible, triturado públicamente. Tres: en Perón había un fauno incontenible y un acechador de mujeres jóvenes, como quedó claramente comprobado durante su convivencia con la mendocina María Teresa Yurbel, la «Piraña», de 17 años, echada poco menos que a las patadas por Eva cuando se instaló en el departamento de Coronel Díaz y Arenales, en Palermo, en 1944. El entonces coronel ya era una figura pública, como uno de los animadores del golpe del 43. Sus apariciones con la chica Yurbel, a quien había presentado como su hija, su sobrina o la hija de un amigo mendocino que quería probar suerte como actriz dramática en Buenos Aires y a quien él protegía, ya se desmarcaban rotundamente del comportamiento de cualquier oficial del Ejército, donde todos sabían que era su amante. Perón sabía que sabían, pero no le importaba cuidar esas formas como no le importarían después ni con Eva ni con Nelly. Cuatro: Perón era un malandrófilo apenas contenido, un retorcido manipulador del poder y un depravado con escasos diques de contención. ¿Por qué se asombraban si se pasaba tres días encerrado con las chicas de la UES en la Quinta de Olivos, donde se dejaban sodomizar hasta las más hermosas hijas de amigos oportunamente elegidas por él?

Cinco: con la obvia declinación de su virilidad, todas sus perversiones se habían acentuado, como suele suceder. Perón se reía. *Fábulas de desviados, ensueños de envidiosos más retorcidos que yo, que no soy precisamente un santo.* Volvía a reírse con el mentón apuntando al cielo y hasta le daban ganas de matizar los chismes con detalles aún más escabrosos y echarlos a andar por los diarios de Buenos Aires, que seguramente no se animarían a publicarlos.

Un sábado, vestido de un blanco deportivo, avanzó por los senderos de la Quinta de Olivos seguido por Nelly con su Siambretta. Se acercó al garaje donde las motos lucían bruñidas y alineadas e hizo llamar a algunos de sus colaboradores, a dos policías motorizados y a una treintena de chicas porque el General quería marchar otra vez delante de una alegre tropa por los senderos de la Quinta. Pronto el lugar se convirtió en una jarana de papel picado. Custodiado por los uniformados y con Nelly apenas unos metros atrás, encendió su moto y dio la orden de que todos y todas las encendieran. El estruendo creció desde los impulsos de arranque a los rugidos de la carburación. Sí, Perón quería otra vez dar vueltas por la Quinta de Olivos a la cabeza de su tropa dicharachera.

Arrancó haciendo esos jocosos que inclinaban su moto hacia el riesgo de rozar sus rodillas en

el cemento, pero no se introdujo por los senderos arbolados que agrupaban al personal de la Quinta entrenada en las risas y los aplausos. Tomó hacia la salida de la calle Villate para sorpresa y pánico de los guardias, que levantaron las barreras, y también para desesperación y premura de los agentes de seguridad, que corrieron a los intercomunicadores y a los teléfonos de los puestos de vigilancia. Perón salía a la calle, sonriente y desatado, al frente de unas tres decenas de chicas de la UES, custodiado apenas por dos motos de la Federal, escoltado por la mismísima Nelly Rivas, acompañado por cuatro o cinco funcionarios. No había dado la hoja de ruta para disponer medidas de prevención; se largaba nomás hacia Libertador, el Presidente, acelerando y hamacándose levemente en la Peroneta, haciendo con eso que las chicas lo imitaran peligrosamente, todas felices, todas muertas de risa y en pelotón por la vía pública, por la avenida emblemática de los contreras de la zona norte, rumbo al centro. El Presidente manejando su Siambretta con una mano y saludando con la otra a los sorprendidos, impávidos, boquiabiertos que mascullaban: *Este se las sabe todas, allá va a mostrarles su harén a los gorilas. Ahí viene, con su gorro Pochito a la cabeza de un hembraje sonriente y azul, de un bosque de jóvenes piernas blancas haciendo que los enemigos se muerdan los dientes, susurren insultos, suban o bajen de golpe las persianas de sus casas y departamentos, se claven en la vereda, se refrieguen los ojos para decir «sí, sí, es él, con esa manga de alcahuetes y esa bandada de pendejas putarracas, es él, quién pudiera, campeón, presidir ese minerío fragante y dispuesto, qué grande sos, sí, sí, ya viene, es el mismísimo».*

El jefe del retén de la avenida general Paz, que separa la provincia de la Capital, gritó: *¡Cuadrarse! Saludo... ¡Uno! Es el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, General de la Nación y Presidente de la República.* Es el Primer Trabajador que sabe darse los gustos y avanza hacia la Avenida Alvear, mientras algunas radios desparraman la noticia y consiguen que se agrupen más curiosos, más rabiosos. Perón, saludando como si acabara de cruzar la meta de una carrera planetaria de motos, seguido por una guardia bella y sonriente. Perón, el gran publicista de las primeras motonetas fabricadas en la Argentina por Siam Di Tella, al estilo de las Lambretta italianas.

¿Así que los tanos se creían que las iban a importar para siempre? No, acá están las nuestras, que no tienen nada que envidiarles. Habrase visto descaro, lo único que falta es que ingrese en moto al cementerio de la Recoleta. Que salga a pasear con todas sus putas en pelotas son cosas de él, que haga lo que se le cante.

Queremos un Presidente como se debe, no este payaso que no sabemos por qué mierda sonrío y sonrío, como si estuviera haciendo una hazaña al rodear la Plaza de Mayo, saludar inclinando la cabeza y enfilar al Obelisco por Diagonal Norte y acelerar nuevamente para retomar a la avenida del bajo. General, General, no le dé tanto pasto a las fieras. ¿Así que yo me divierto con los motores y las pibas? Acá tienen. Sí, me divierto, que lo digan los pollerudos mañana desde los púlpitos domingueros: «Perón arruina a la juventud con su ejemplo de desenfreno orgiástico y motorizado dejando tras de sí un perfume de mujer y combustible». Que los argentinos sepan que somos capaces de fabricar vehículos que están al alcance del bolsillo popular. Que digan que estoy desatado, padre, que digan lo que quieran; son unos inútiles, que pidan a las familias que no cometan el pecado imperdonable de mandar a sus hijas a la UES. ¿A usted no le parece, ministro, que sienten que están definitivamente perdidos y que por eso hacen lo que hacen?

Mejor dicho, hacer no hacen nada. ¿Por eso dicen lo que dicen? ¿A quién le va a importar, General? El pueblo lo adora, todos lo aman.

¿El Presidente quiere conocer en persona a Ginger Rogers, su amor platónico? Pues se hace traer a Ginger Rogers. ¿Y qué? Para algo es el Presidente, ojalá yo me pudiera traer a Ginger Rogers.

¿Quiere homenajear a Archie Morre? Y bien, Archi Moore viene y le regala los guantes con los que se consagró campeón del mundo para que tejan, aún, especulaciones sobre su posible homosexualidad. ¿Así que se quiere levantar a Eda Ciani, la hija del Duce? Bueno, que se la levante. ¿Que invita a la Patricia Weiss a conocer el Palacio Unzué? Pues que la invite; se quedó viuda, es una hermosa mujer y una tenista de primera. ¿Que tiene un par de anteojos que le permite ver a las mujeres directamente desnudas?

Pues ojalá los tuviera yo. ¿Que las chicas de la UES bajan corriendo semidesnudas por la barranca del Unzué hacia la Avenida Alvear mientras Perón las persigue disfrazado de Satanás y con un trinchete rojo entre las manos? Sí, todo eso se dice, General, y más. Comentarios de invertidos, ministro. Me gustan las mujeres. ¿Qué quieren los curas, que me gusten los hombres? ¿Que sea pederasta, como la inmensa mayoría de ellos? Les voy a hacer algunas bromas que no les van a gustar.

Los comedidos del Palacio Unzué le hacían llegar las habladurías a Nelly. El Molusco Lombardi ponía en marcha una víbora de comunicaciones internas para que se enterara del cotilleo sazonado con algunos detalles aún más escandalosos. Pero ella no se conmovía, ni lo celaba; le alcanzaba con agotarlo por las noches, con saber que gran parte de la nueva y solar irradiación física de Perón se gestaba en su cama, que le extraía hasta la última gota y lo devolvía a la vida pública con una disposición jubilosa y una iniciativa que les hacía decir a los contreras idioteces sobre la velocidad con que había dejado atrás el duelo por la idolatrada. *Te venís conmigo a Mar del Plata, Nelita. Vas a brillar. Al Festival de Cine, sí, preparate.*

Y hubo nuevas recorridas, nuevos vestidores; pruebas de peinado y clases de modales; ensayos de sonrisas, de modos de caminar y de mirar. A Mardel, con él en una pieza contigua y comunicada, a conocer el desconocido mar al lado de los lobos de cemento. *Y se va con ella, créanme, se va con la putita esa. Está en una etapa en la que evidentemente no tiene límites, mejor, no tiene idea de los límites que se le vienen. General, vuelva a su clásica moderación, los gorilas arrojan panfletos desde el aire, desde avionetas que no sabemos de dónde parten; dicen atrocidades desde las radios de Uruguay. Jefe, los cuervos están afilando el pico. ¡Qué va! El que está afilado soy yo, ya se va a enterar.*

Perón aprobó personalmente el vestuario de Nelly y se ocupó de las joyas. ¿Iba a exhibir a su mujer-niña en el Festival de Cine de Mar del Plata junto a la prensa internacional que concurriría a festejar a Errol Flynn, a Mary Pickford, a Gina Lollobrigida o Michel Simon? Sí. ¿Acaso no la había exhibido ya en el Luna Park durante la pelea de Rafael Merendino, como se había exhibido, antes de ser Presidente, con la adolescente mendocina? En Mar del Plata hizo más que mostrarla: la arrojó a los *flashes* con orgullo, coronándola, de fondo, con su sonrisa soberbia y, si se la observaba bien, desdeñosa y provocativa. Nelly absorbiendo consejos de dispuestas damas de compañía; Nelly aguardando en el *lobby* del Hotel Provincial, con un vestido vaporoso y ondulante, nimbada con una estola de visón que parecía haber usado con prestancia desde la cuna. Nelly ingresando por la alfombra roja en el Provincial, saludando con una leve sonrisa,

como las que sienten que pertenecen al firmamento que transitan. Nelly charlando con Flynn, intérprete de por medio, como si hablaran de viejas aventuras compartidas. Nelly saliendo de incógnito por un túnel del hotel, desde el garaje, para enfrentarse sola al mar, aspirar aire salino y agradecerle a un Dios que, no tenía duda, la estaba custodiando.

Nelly alojada en la pieza vecina a la de Perón y comunicada con esa pieza para mudarse por las noches, hacer el amor, hablar de cine, del estreno de la primera película tridimensional en la Argentina, reírse del esfuerzo de algunos personajes para tratarla con el respeto que se le debe a su difuso rango de primera dama.

Al filo de revalidar su poder con elecciones para vicepresidente por la muerte de Hortensio Quijano, Perón, que estaba sibarítico, alegre y artísticamente sensible en la ciudad marítima, dejó que en Buenos Aires las cosas se deslizaran en manos de su gente de confianza y extendió su estada tres días más de lo previsto. *Mire, General, que se dice que se dice que. Mire, Mayor, si me voy a fijar en eso. Si en las elecciones los reventamos otra vez, 63 a 31. Da risa esa moralina hipócrita. Son manotazos de ahogado. Aprenda, Mayor, aprenda. Cuando un moralista nunca fue inmoral, no sirve ni para espiar. Estos chupacirios son capaces de encomendarse a San Agustín sin tomarse el trabajo de saber quién fue.*

Llamado a desenvainar la espada, Perón levantó la voz con amenazas que jamás se le habían escuchado. *¿Por qué no empiezan a dar ustedes la leña que piden? Leña, leña, leña.*

Llegaba al furor verbal, pero no al furor del espíritu; despreciaba a sus adversarios, que le parecían partiquinos de un poder desleído, fantoches de una religión arcaica cuyo Dios se había disuelto desinteresado por la escasa densidad de sus fieles. Los despreciaba, sí, pero no alcanzaba a odiarlos de todo corazón, como ellos sí lo odiaban a él.

Así que en esos meses lo amenazante tenía, para el General, un cierto toque de soportable comedia que no alcanzaba para torcer su disposición gozosa. Invitó a la actriz Gina Lollobrigida a la Quinta de Olivos quizá para hacerle un doble subrayado al chimento tan arrollador y tan prestigioso de que había seducido a esa belleza contundente. Nelly no se inquietó, Nelly sabía. Pero ya no le resultó tan soportable que en los jardines del Palacio, el Tehuelche le dijera a la italiana aquello que solo le venía diciendo a ella: *Hola, preciosa*. Su temperamento, su intuición y su temor a posibles iras ocultas de Perón no le daban para armar un escándalo, pero el personal de maestranza la vio triste por primera vez. Un comedido simuló hacerle un favor y casi mata al loro rociándolo con kerosene antes de encender con un fósforo su cola celeste y roja. Un resplandor causal alertó a Blas, el cocinero, tu tío abuelo, que bañó al loro con oportunos baldazos. Acompañado luego por la misma Nelly, curaron y confortaron al perico, que había saltado por los niveles más extremos de la amplitud térmica. El Tehuelche no fue consciente de la protección de un veterinario con cama adentro durante una semana, pero esa asistencia fue fundamental para volver a cantar y a aburrir con sus frases.

Nadie tuvo pistas convincentes sobre el encendido de la cola del inteligentísimo, dicharachero y parlanchín Tehuelche, que había proferido oportunos sonidos indescifrables para la raza humana.

Pero ella, Nelly, experta en miradas huidizas, en andares culposamente alegres, Nelita, no necesitaba buscar ningún indicio. *General, ¿quiere saber la verdad, la verdad verdadera? Fue el Molusco. ¿Es un pirómano? ¿Primero el sótano y después el loro? No se ría, no se ría. Yo no tengo dudas ni estoy celosa de la tana, así que le ruego que no tenga dudas usted. El Molusco es*

un traidor, es un gorila. Ojo, General. Tenemos gorilas hasta en nuestro propio nido.

6

Vivía aún con cierto asombro la suerte de tener un auto a su disposición. Agradecía no ser reconocida por la calle con solo calzarse un par de anteojos negros y cubrirse la cabeza con un pañuelo, pese a que su imagen ya había sido derramada en revistas populares y noticieros de cine y televisión. Tenía, además, la fortuna de estar aconsejada y protegida por una dama de compañía designada por el mismo Perón. Esos privilegios le daban a Nelly seguridad para salir a recorrer vidrieras con una disponibilidad insólita, porque el General le había dicho que quería verla siempre hermosa y, por lo tanto, el límite a los gastos lo imponía, en algún momento, la reaparición de su pudor y su culpa. Sabía que la avenida Santa Fe era un territorio enemigo, porque ahora la historia le entraba por ósmosis y como dardos arrojados por un espectro hostil que punzaba por ingresar hasta el mismísimo Unzué, hasta la Quinta de Olivos. Perón les asignaba el valor de una ópera bufa que no soportaría en el escenario mucho más que esa temporada. Él decía que no había que preocuparse y, si él decía que no había que preocuparse — y no a Nelly, que no lo inquiría, sino a rostros atravesados por la ofuscación o la alarma—, ella no se preocupaba. Pero sabía que para trajinar sin molestias por los probadores de la avenida Santa Fe lo mejor era no ser identificada.

Junto a la dispuesta hija de un gobernador recorrieron tiendas y compraron ropa con la alegría de dos princesas recién coronadas. En esa campana de cristal flotaban cuando volvieron al auto que las aguardaba en la Plaza San Martín. Regresaron comentando la buena cosecha, pero el ánimo se tornó preocupado cuando el chofer debió identificarse para doblar por la calle Agüero y avanzar luego entre soldados verdes y policías azules que rodeaban el Palacio.

Algo estaba sucediendo y lo supo por boca de Renzi, apenas posó el pie sobre el camino pedregoso: *Hay un levantamiento armado*. La respuesta se resistía en la cabeza de Nelly, pero lo que no le entraba de ninguna manera era la decisión de Perón. *Él está bien y ordenó que usted se vaya a la casa de sus padres, ahora y en este mismo auto*. Ella amagó quitar a bajarse, pero Renzi le dijo que la orden de su jefe no le permitía otra cosa que despacharla inmediatamente. El chofer se impuso sobre el asombro y la sorprendida vacilación de Nelly y arrancó mientras ella le reprochaba y golpeaba el respaldo del conductor. *Jamás desobedecí una orden del General*.

El auto avanzó por la Avenida Las Heras hacia el sur; dejó atrás el centro de la ciudad, cruzó el puente sobre el Riachuelo, enfiló hacia Sarandí. Nelly sorprendió al chofer. *¿Qué hace? ¿Está*

loca? Volvemos o me bajo. Su puerta ya estaba semiabierta. *Si no quiere regresar, déjeme acá o me tiro. Me vuelvo en taxi y usted será responsable de lo que me pase en el camino, aunque no me va a pasar nada.* El chofer no quería llamar la atención. Dio unas vueltas por las calles internas, mientras trataba de convencer a Nelly, aunque sabía que eso era imposible. Entonces decidió retornar y dejar el problema en manos de su jefe.

Al llegar, con pocas palabras y una severidad imbatible, Nelly le dijo a Renzi que su lugar era ese, más aún si pasaba lo que estaba pasando. *Es una orden de,* amagó Renzi. La miró, abatido, y siguió con lo impostergable, con los aprestos para defender el Palacio y proteger al personal de un posible ataque.

Nelly corrió a su habitación, se cambió, buscó el pequeño revólver que le había regalado el General y sintió por primera vez el frío metálico contra su cuerpo. Casi todos estaban armados, algunos de manera ostentosa, y ella no iba a permanecer indefensa. Haría lo que hubiera que hacer, ahora que esa realidad contemplada a tres pasos la llamaba para que subiera de golpe todos sus escalones.

Renzi supervisó las barricadas que se improvisaban en las galerías con bolsas de arena y trastos desparejos remontados desde el sótano; ordenó que citaran a un médico de confianza ante los desmayos y ataques de nervios que ya se producían entre su gente y para que se quedara por si todo avanzaba hacia lo peor; retiró las últimas pistolas que estaban guardadas en el armario y las distribuyó solo entre quienes podían y querían tomarlas; se aseguró de que el sótano fuera un lugar soportable en caso de que debieran esconderse; hizo revisar y probar los extintores de incendio, las mangueras y los baldes de arena; aconsejó calma cada dos minutos e instruyó sobre los lugares de refugio y los caminos de evacuación. Todos tenían algo que hacer en el Unzué, todos zumbaban rumbo a alguna misión con caras graves, con caras de pavor, con caras de estar jugando el juego más serio de sus vidas.

Ante ese ajetreo, Nelly se dio la misión de absorber todas y cada una de las instrucciones de Renzi, y de preparar y servir café con la misma responsabilidad y diligencia con la que se hubiera puesto a socorrer heridos. Había algo irreductible: ante tanto movimiento, el Tehuelche también trató de ponerse a la altura de las circunstancias y, como si hubiera percibido el espesor político del ambiente, se puso a cantar *Los muchachos peronistas*, una gracia que desentonaba con la gravedad dominante y que algunos consideraron hasta peligrosa. El Molusco Lombardi propuso soluciones drásticas que fueron despreciadas. Pero no hubo manera de hacer callar al loro de Perón, cuyo canturreo pastoso se convirtió en la música de fondo en la atrincherada espera del Palacio.

Las caras de tensa expectativa viraron hacia el miedo cuando comenzaron a escucharse explosiones que, se supo enseguida, provenían de la Casa de Gobierno, de la Plaza de Mayo y sus alrededores. Hubo que reiterarle a Nelly y a dos empleadas que el Presidente no estaba allí, que había sido trasladado, advertido oportunamente del intento golpista encabezado por la Marina de Guerra y, al parecer, mal acompañado por alguna unidad de Ejército. Se percibía un funesto ronroneo de aviones y la escasa información que llegaba se modificaba, mezclaba y confundía con temores y presagios dictados desde la angustia. Era imposible discernir lo cierto y lo falso en esa progresión de sucesos bosquejados por el pavor y ya rociados con metralla en otros puntos de la ciudad. Un jardinero dijo que acababa de escuchar por radio Mitre: *El tirano ha muerto. Nuestra Patria desde hoy es libre. Loado sea Dios.* Pero no, no podía ser verdad, y,

en caso de que lo fuera, algunos no debían enterarse; Nelly, entre otros. Habría que esperar; podría ser un delirio, una táctica de los conspiradores.

Unos pocos mordían la noticia cuando la inminencia que sobrevolaba cobró la forma de un avión que consumó su amenaza con una bomba que todos y cada uno sintieron explotar en sus oídos. Los vidrios de las ventanas del Palacio cayeron en un concierto de destrucción. Tras los gritos y los ayes de un par de mujeres astilladas, pudo verse algo peor: una muchacha con cofia y delantal que locamente seguía los acontecimientos desde un pequeño balcón del primer piso y un barrendero absurdo que se arriesgaba en el parque yacían agonizantes. Rápidamente fueron despachados en una de las ambulancias. Los lamentos se tropezaron con una desprolija y tardía evacuación hacia el sótano.

Otras dos bombas cayeron después, pero fuera del perímetro del Palacio; una no llegó a explotar, la otra estalló y fue el preámbulo de un silencio interminable, cruzado por insultos impotentes, rezos frenéticos, diversas formas del terror y el deseo de que, por fin, ese umbral del infierno acabara. Según un comunicado oficial emitido poco después de las tres de la tarde, el levantamiento había concluido sin éxito y el Presidente constitucional estaba lo suficientemente vivo y lúcido como para dar, en pocos minutos, un discurso radiofónico.

El Tehuelche ya no cantaba la marcha cuando Renzi, en acuerdo con el suboficial de Ejército que comandaba la defensa del Palacio, dio la orden de que se desalojara el sótano y se hiciera un relevamiento a fondo para desechar que hubiera más víctimas. Más tarde hubo un repaso de los destrozos y un bisbiseo espeso que terminó de conjurar el mismo Perón cuando por fin habló por la radio a las 17:15 desde el Ministerio de Ejército. Recién allí Nelly soltó el oxígeno comprimido de congoja que la habitaba desde hacía más de cuatro horas. El resto del día, en tanto aún se escuchaban detonaciones y disparos lejanos, mientras se acumulaban informaciones desoladoras, fue avanzando con la lentitud y la pesadumbre de un monstruo de hierro: casi cuatrocientos muertos y más de dos mil heridos en los alrededores de Plaza de Mayo. La ciudad abierta despedazada en su corazón; techos, paredes, torres saludando, inclinadas, destrozadas, el duelo de la devastación; unas calles recorridas por sirenas y atenazadas por promesas de venganza que apenas se podían contener vaya a saber por cuánto tiempo. Una ciudad abierta y malherida.

¿Estás todavía aquí? Perón recibió con asombro el abrazo intenso de Nelly y sus palabras terminantes: *General, mi lugar está aquí. He tenido miedo pero no me arrepiento de nada. Dios me ha ayudado.* Había discutido demasiadas cosas durante el día como para arrojarle un reproche a su niña. *Parece que el pueblo ya no se preocupa tanto por Perón.* Ella hubiera querido arrojárselo en un sentido amplio, vital y acaso infinito, pero él se desprendió. Fue a ducharse mientras repicaba el teléfono y arribaban autos negros.

Las conversaciones fueron graves en el primer piso; Nelly prefirió esperarlo en la cama hasta que él ingresó, triste y ojeroso, para dormir en leve contacto con ella, como arrojando una línea de precaria pero imprescindible unión. *Pensar que ahora podría estar muerto. Eso querían, matarme. No te estaría tocando ahora, Nelita, estaría en el enigma de la muerte, mirándola o sin mirarla, cara a cara. ¿Quién me estaría llamando? ¿Mi madre? ¿Potota? ¿Eva?*

Vos no, vos no, Nelly. Vos sos la que estás ahora. Nelly agradeció y lloró en silencio y apretó la mano apostada en su cintura.

A la mañana siguiente Perón salió algo más tarde hacia la Casa de Gobierno, luego de

reparar personalmente con Renzi los destrozos y las tareas que le esperaban a la casa. Aceptó ser acompañado por motos que lo precedieran y por autos con hombres armados en la retaguardia. Regresó al Palacio a la media tarde, porque allí concretaría una reunión con su plana mayor. Era un cónclave inhabitual para el Palacio que Perón buscaba resguardar de la excesiva contaminación política, como si siempre necesitara un espacio de reinado doméstico. Ese encuentro —intuyó Nelly— marcaba el ingreso a otro tiempo, donde la feliz compartimentación entre la vida pública y la privada que había disfrutado hasta ahí iba a perder volumen. Acaso lo empezaba a perder con el rostro del General que no se distendía, como en un reflejo condicionado, al verla, sino que le dedicaba una leve y esforzada sonrisa.

El Unzué fue esa tarde la sede del gobierno. Ella no quiso merodear. Prefería ser parte de otra zona de las percepciones de lo verdadero: el propio Palacio y su gente, con dos muertos a lamentar, recordar, santificar, insultar con indulgencia por la estúpida valentía de desprotegerse. Los intercambios de datos, las imágenes de los diarios, las informaciones veraces o falsas solo contribuían al abatimiento; entre la gente del Palacio, al menos, no imperaba la fiebre de la venganza sino la lenta digestión de una devaluación inesperada, la devaluación del mismo Palacio, de la política, del color de los días. La posibilidad de dar vuelta esta atmósfera apesadumbrada estaba en manos de un solo hombre, reunido en el primer piso con su gente de confianza. Entrada la noche, todos salieron con una circunspección levemente más distendida y un andar algo más decidido que aquel con el que habían ingresado.

Nelly semblantearía a Perón y trataría de saber, sabría: era un líder, un hombre, un boxeador que había recibido un golpe inesperado, con la guardia baja cuando pensaba que lo único que debía hacer era marear a su rival con bailoteos y precisas estocadas. Había creído que minimizar los atentados, burlarse de las panfleteadas, de los galimatías de los curas y de los sabotajes clandestinos era la mejor manera de desairarlos. Esa noche Nelly percibió en él esfuerzos por disimular el peso desconcertante de las últimas horas.

¿Y si nos vamos? ¿Adónde? A la Patagonia, solos y juntos. Lo que usted diga, Perón. Él la tomó con fuerza por el hombro y empezó a andar, como si anticipara una caminata por unos senderos que dejaban ver a lo lejos los picos de una montaña, como si avanzaran por la ribera de un lago azul verdoso. Nelly no sabía si festejar la oferta de tenerlo solo para ella entre una inmensidad áspera y bella; no sabía si podía ser cierto que su hombre, un hombre constituido para la ambición y el poder desde su pasado más remoto y desde la más primaria conformación de su organismo, le estaba haciendo una proposición seria o si se trataba de una especulación compensatoria, brotada de una inesperada y sonora decepción, de un desencanto mayor, vital, olímpico que solo podría ser derrotado por un sueño bucólico rodeado de un tiempo y un espacio interminables. La propuesta quedó flotando entre ellos.

Nelly no supo si el desenfreno que se prodigarían esa noche tendría que ver con un recomienzo o con el mutuo deseo de sacarse de encima tanta amenaza agazapada.

Perón no habló del sur en los días siguientes. No volvió a mencionar posibles futuros compartidos. No dio espacio para que Nelly completara la ilusión de una inmensidad lacustre y cordillerana, con un sol clavado en la cumbre nevada y ellos dos en primer plano, mientras una música incidental acompañaba un *the end* sobre un beso definitivo. Perón volvía a estar muy ocupado, a preparar a solas discursos en su escritorio, a mostrarse entre multitudes. Regresaba al Unzué por unas esquivas raciones de amor y silencio. La sensación térmica de la vida

sociopolítica le llegaba más a Nelly por las charlas telefónicas con sus padres que por las conversaciones monosilábicas del Palacio. *Nena, nena, cuídate. Es hora de que vengas a casa. En el barrio velamos a tres muertos de los bombardeos. Aconsejalo a Perón, que no se enoje tanto, que no caiga en sacrilegios. ¡Nos han hecho llorar esas iglesias quemadas, nos han hecho llorar más que los muertos!* Ella recordó una frase de Perón: *Sufren más por un ícono carbonizado que por un cuerpo hecho mierda.*

Sabía Nelly que su hombre había sido capaz de encolerizarse en público, que desde el balcón de la Casa de Gobierno había proferido amenazas tremendas. Ella veía por televisión o escuchaba por radio ciertas arremetidas que enardecían a la multitud, pero el que llegaba a casa por las noches no era ese león enjundioso y enérgico, sino un hombre más lento, sosegado por un solipsismo con doble llave.

Aquellos homenajes a la banalidad de los días que solía brindar por las noches —*¿Qué macana se mandó el Tehuelche? ¿Cómo están los perritos? ¿Qué película viste hoy?*— se habían marchado hacia un territorio de silencio y habían sido pobremente reemplazados por una mirada, un acercamiento de manos en la mesa nocturna, una caricia poco antes de dormir o de quedarse despierto hasta la madrugada para escribir en su escritorio. Algún imprevisto hueco del tiempo los recomponía como amantes fogosos y rearmaba aquello que los unía, pero esa moneda de oro duraba poco en las manos de Nelly que, a la mañana siguiente, volvía a contemplar a un Perón urgente y ajeno, a un Perón que se le escabullía por la política y por la historia y no por las benéficas radiaciones que ella le procuraba en cuerpo y alma.

A esa altura, Nelly ya sabía que su destino tenía mucho que ver con el de todo un país. Quería enterarse, trataba de enterarse, aunque él retaceaba esa zona fundamental y, de alguna manera, le reclamaba que no saliera de su función compensadora de la ardua puja política. Pero algo se había roto en ese esquema sobreentendido y acaso él lo intuía y buscaba fugaces resarcimientos: *¿Le enseñaste algo nuevo al Tehuelche? No, en estos días es imposible sacarlo de la marchita.* Y los dos rieron la risa falsa que necesitaban reír.

7

Yo me llevo al Tehuelche. Le agradezco, lo hago alcanzar en auto hasta su casa apenas encuentre alguien que se anime. Pero ningún chofer aceptaba el desafío planteado por el tío Blas, hasta que uno dijo: *Si lo callan, yo lo llevo.* El conductor era animoso y cauto, la ciudad estaba crecientemente salpicada por retenes militares y era imposible saber de antemano quién jugaba para quién. Ser detenido por los revolucionarios para identificarse en un cruce de esquinas o quedarse en medio de un grupo de comandos civiles y que el loro se pusiera a cantar la marcha peronista era ir al muerte. Por eso, nadie había aceptado quedarse con el loro, arriesgarse a viajar con él; salvo Blas, mi tío, tu tío abuelo, el cocinero que había establecido una relación de simpatía con el perico, que lo reconocía y levantaba levemente las alas al divisarlo a lo lejos. Él lo había salvado del Molusco, él lo había custodiado cuando debieron ocultarse en el sótano, él se lo llevaría a su casa de Lanús, de Villa Caraza, y sería como mantener una conexión viva con Perón, hasta que pudiera devolvérselo personalmente más temprano que tarde.

El Tehuelche había conectado su antena perceptiva a la gravedad de las horas cuando dos días atrás, a la tres de la mañana, el Palacio se conmoviera otra vez con explosiones cercanas e inequívocas. Su cabeza, arrebujaada contra el pecho a la hora del sueño, se había sacudido y erguido y había visto un encenderse de luces y escuchado el rugir de los motores. En algún lugar sabía que a ese clima le correspondía la entonación de la marchita y contribuyó con ella mientras iban y venían automóviles, se formaban corrillos, entraba y salía gente. Solo el cocinero se acordó de él en esas horas graves y apuradas, lo llevó a la galería y se ocupó de que no le faltaran pipas. En esos dos días de conciliábulo y ajetreos, el tío Blas, Renzi, el Molusco y Nelly habían intentado disuadirlo para que se pusiera a cantar otras canciones —*La cucaracha, La cafetera*—, pero no había caso. Ahora había que tomar una decisión para salvarle la vida y la de quien lo transportara luego de la orden de Perón de abandonar el Palacio Unzué a la brevedad. Era imperioso que el Tehuelche cambiara de repertorio o se llamara a silencio. Una lavandera quiso atarle el pico, pero eso enfureció al animal y ella se alejó con las manos lastimadas. No había manera, era necesario dormirlo. Así que un par de gañidos se desvanecieron rápidamente, mientras el líquido somnífero le ingresaba entre sus plumas. El cocinero lo escondió en una bolsa aireada, lo tocó una y otra vez preocupado por su sobrevivencia después de que le aplicaran la inyección y se subió al auto con rumbo a su barrio y su casa.

Nelly perseguía otros bichos: los dos caniches y otros dos de una cría inesperada para cumplir con las órdenes de Perón: *Debemos actuar con prudencia. Andate ya mismo a tu casa. Llévate los perros con vos. Buena Suerte.* En el último abrazo, ella percibió la tensión que acumulaba su amante luego de cuarenta y ocho horas a la búsqueda de remontar una adversidad que se había presentado difusa, pero que ahora cobraba contornos definidos. El Palacio, convertido en el cuartel general de la resistencia, se había poblado de visitantes con y sin uniforme. Allí se desplegaban planos, se apuraban cuadros de situación, se disparaban reproches, autorreproches y maldiciones; el teléfono saltaba como un augur y, al tomarlo, los asistentes no sabían qué rostros iban a tener luego de recibir la buena o mala nueva: *Se levantó otro regimiento. Otro comunicó su lealtad al orden constitucional. El general Equis está inhallable. Amenazan con hacer volar la Destilería de La Plata, con hacer un gran pozo de la Plaza de Mayo. Hay apoyos de guarniciones en Bahía Blanca, en Corrientes, en Entre Ríos.*

Desde Córdoba, el jefe de los sublevados, el general Eduardo Lonardi, llamaba a actuar *con la máxima brutalidad posible.* Nelly quiso ser útil repartiendo café, coñac y cigarrillos, pero, apenas podía, se retiraba del centro de operaciones y se mezclaba entre los empleados del Palacio. En las murmuraciones, en los repentinos entusiasmos, en los pronósticos fatalistas, en los llantos y los rezos, percibía más verdad que en el escenario donde el General y su estado mayor se empeñaban en ahogar el nuevo complot.

Ella había olisqueado la proximidad del final, de algún final: los oficiales resoplaban, proferían insultos, se ensimismaban; los civiles se despedían con abrazos de contenido sentimentalismo. La realidad viraba de la expectativa a la derrota. Lo imposible, lo innombrable estaba por suceder: Perón caería derrocado, la sólida realidad que él apuntalaba se disolvería. Costaba encontrarle a esa inminencia una forma por fuera de las figuraciones de la muerte y sus arrabales, por fuera de los ríos de dolor y de sangre. Nelly había confirmado los peores presagios cuando Perón, sin dejarle espacios para alguna contrapropuesta, le ordenó su regreso a la casa paterna, en Vicente López, la nueva casa cedida y mandada a escriturar a nombre de sus padres por el propio General, y a la que llegaría avanzando por la ciudad amenazada con una angustia atroz, con la comezón de estar haciendo absolutamente lo contrario de lo que le pedía una entidad tan concreta como su cuerpo y tan difusa como su destino.

Al llegar al domicilio, figoneada con disimulo por los espías del bando antiperonista, fue recibida como un fantasma esperado y resurrecto. Lloró su madre, lloró su tía Emma, callaron su temor su padre y su tío Manuel. Había que hacer algo. Si el golpe triunfaba, vendrían por ellos, por ella. Los Rivas lo sabían. Ya los habían insultado, humillado y amenazado por ser los padres de esa putita de la UES. Todos propusieron buscar con urgencia un escondite, pero Nélide se opuso: Perón tenía que saber cómo encontrarla, había que esperar un poco la curva de las horas y de unos pocos días, había que saber más. Ella y Perón apenas habían conseguido intercambiarse algunas líneas veloces, apremiados por el tiempo y las circunstancias.

Nelly se felicitó por su determinación cuando sucesivos enviados del General golpearon a su puerta con cartas, breves mensajes, alguna encomienda.

Querida nenita:

Lo que más extraño es a la Nena y a los perritos, les decía hoy a los muchachos paraguayos. Estoy muy triste al ver caer tantos afanes y sacrificios. Los trabajadores y los pobres recién ahora comenzarán a saber quién era Perón. Sin embargo, no me arrepiento de haber

renunciado a la guerra civil. Hubieran muerto muchos y se hubiera destruido al país.

Nenita: quédate tranquila. Con lo que te dejé podrás vivir un tiempo. En cuanto llegue te mandaré a buscar y así los dos haremos una vida tranquila donde sea. Estoy muy cansado y necesito un tiempo tranquilo. Creo que lo lograré. La carta que te contesté era apurada porque el embajador estaba esperando. No vayas a creer que me había olvidado, sos lo único que tengo y lo único querido que me queda. Te imaginarás que te recuerdo todo el día. Cuídame los perritos y cuando vayas a Asunción del Paraguay los llevas a todos. Los quiero mucho a esos bandidos.

Nenita querida: quedate tranquila y espera que yo te pueda mandar a buscar. No dejes de escribirme todos los días para saber cómo estás. Lo podes hacer por intermedio del embajador de Paraguay o alguno de los muchachos de la residencia.

Trata de mantenerte en contacto con Renner y si puedes con Jorge Antonio por si necesitas cualquier cosa. Me olvidé, pero decile a Ponce que te lleve a tu casa todas las motonetas que están en la residencia y que las llevaron a Gelly y Obes. Son para vos y cuando vayas al Paraguay las llevarás así andamos juntos.

Un gran beso de tu papi.

Juan Perón.

En el enviado, un funcionario de la embajada paraguaya, creció el desasosiego, mientras con la lectura bajaba por los pómulos la marea de lágrimas de Nelly. Ya se había conmovido al ingresar en esa modesta casa suburbana, con muebles lúgubres y compungidos íconos religiosos, quizá porque había imaginado una mansión para la amante niña del General. Pero no, no había una mota de ostentación en esos pocos metros cuadrados donde los padres y los tíos custodiaban a la niña, como quien cuida a alguien que pronto marchará a la guerra. Un ramalazo de alivio reacomodó anímicamente a Nelly: en sus horas más difíciles, acaso corriendo riesgos, arrinconado tal vez por los enemigos, vaya a saber en qué desgraciada situación, el General pensaba en ella. Más aún, si había leído bien, colocaba en ella su futuro como si estuviera por ponerle fin a una etapa y comenzar otra, con ella a su lado, como soporte para volver a empeñarse en la vida, pero en otros términos. Recordó aquel interrumpido arranque bucólico, ellos dos juntos en la Patagonia, y se dijo que en esas líneas (*sos lo único que tengo y lo único que me queda*) y en la determinación de llevarla con él a Asunción él retomaba aquellos afanes.

Pero a Nelly no se le escapaba que en esa carta había una nota discordante. Los días de la casa oscura de Vicente López, las proclamas triunfales y los discursos rencorosos y violentamente vindicativos de la radio y hasta el aire de septiembre cargado con vientos y nubes de odio no se correspondían con la preocupación de Perón por los perros y las motonetas, con esos comentarios que eran una desorientada apelación al curso normal de los días y a la posibilidad, extemporánea, de movilizarse por las escarnecidas instituciones peronistas y por las calles de Buenos Aires con una tropilla de dos ruedas a motor.

Nelly fue perentoria al preguntarle a cada mensajero sobre la situación de él. A su turno, todos desovillaban un relato cierto pero con cuidadas omisiones porque lo fundamental era que Perón estaba bien, que se había refugiado en la embajada de Paraguay en la calle Viamonte. El embajador, Juan Ramón Chávez, solo le había permitido pasar un par de noches allí, en un sitio tan céntrico y tan expuesto a la avidez de quienes lo buscaban al presidente depuesto. Luego lo había trasladado a su residencia de la calle Virrey Loreto, en el barrio de Belgrano, hasta que

consideró que también esa casa, aun protegida por las normas de la diplomacia, se convertiría en un lugar inseguro apenas los golpistas que habían partido de Córdoba y sumado apoyos en guarniciones de algunas provincias tuvieran el control total de Buenos Aires.

Subrepticamente Perón había sido trasladado a la cañonera *Paraguay*, anclada en la dársena D de Puerto Nuevo. El hijo del embajador y un chofer lo acercaron hasta la explanada, donde se hamacaba la torpedera a la espera de reparaciones. El auto que lo transportó, coronado en su antena con la bandera paraguaya, fue detenido en el cruce de Libertador y Juncal, pero el uniformado que chequeó las credenciales y los documentos consideró que era un destrato inspeccionar e inquirir sobre las dos personas que viajaban en el asiento de atrás; una de ellas Perón, algo y muy temeroso, algo y muy esperanzado, algo y muy resignado a los giros de la realidad.

Los enviados le ahorraron a Nelly otros escollos y otros peligros en ciernes: al embajador le habían llegado informes sobre los militares voluntariosos que se ofrecían para armar comandos de asalto, abordar la cañonera o dinamitarla y hundirla en el río. La misma operación estaba en la cabeza de los insurrectos civiles más afiebrados. Tampoco le contaron nada sobre los sigilosos representantes de la Marina que se habían acercado a funcionarios de la legación paraguaya ofreciendo fortunas para que secuestraran al General, para que mataran al General, para que relajaran la guardia donde el General esperaba el desenlace de la situación en la estrecha cabina que le había cedido el capitán de la cañonera.

Tampoco le contaron a Nelly que ante las amenazas y los movimientos que se imaginaban o veían en los muelles habían decidido trasladar la nave quinientos metros río adentro, en una operación arriesgada y complicadísima, pues la *Paraguay* no estaba lista para esos trajines. En cambio, le dijeron: *Estamos esperando un salvoconducto para trasladarlo a Asunción. Paraguay va a enviar otra nave de custodia y nuestro presidente Stroessner ya les hizo saber a los golpistas que si se pasaban de la raya habría ruptura de relaciones.* Un escándalo internacional, y hasta un inútil intercambio de cohetazos, en el que los paraguayos tendrían mucho menos que perder que los argentinos prepotentes que habían derrocado a su querido General.

En un clima cada vez más amenazante, con la manzana de su casa rodeada de marinos, policías y gendarmes, Nelly recibió a otro enviado con otra carta que solo era un desconcertante subrayado de la anterior.

Mi querida nenita:

Ayer te escribí y remití mi carta por el agregado militar del Paraguay. No sé si la habrás recibido; espero que sí. Cada día te extraño más, lo mismo que a los perritos. Preparáte para cuando yo llegue al Paraguay, así te llevo enseguida para allá. No te olvides que el negrito Ponce te lleva a tu casa las motonetas, todas las que están en el garaje, así cuando te vayas las llevás.

Cuando las cosas se tranquilicen no te olvides de ir por Gelly y Obes. Tomá y mantenete en contacto con Renzi. Él tiene el poder general mío para mover todo allí.

Mantenete en contacto también con Renner por cualquier cosa que necesites; él es un hombre capaz y te ayudará en cualquier caso.

Para tu viaje a Paraguay lo arreglaremos con él. Por ahora lo mejor es esconderse y quedarse tranquila hasta que todo pase. Ya pasará. No he querido traerte conmigo hasta que no pase el peligro. Ya habrá tiempo para todo.

Bueno tesoro; quédate quieta y esperá. Muchos besos y hasta pronto.

Juan Perón.

Proclive a creer en los cálculos y corazonadas del General, Nelly se mareaba otra vez con sus órdenes y consejos. ¿No le llegaban a Perón las versiones de que los golpistas avanzaban a sangre y fuego? ¿Qué cables, qué resguardos tenía ella para acercarse a Renzi, al Negro Ponce, al mayor Renner, seguramente los tres ocupados en ponerse a salvo de las próximas horas de persecución y de furia? ¿No le decían los mensajeros que la casa de su amante niña estaba bajo un desproporcionado cerco militar? ¿No le comunicaban que había compatriotas que pedían su muerte a viva voz? ¿No se respiraba desde unos metros adentro del Río de la Plata el olor a odio que intoxicaba a la Ciudad de los Buenos Aires? Sus propios padres habían salido a buscar un lugar incógnito que los pusiera a salvo de las armas que los apuntaban descaradamente en la casa de Vicente López. Había que huir de allí, había que utilizar parte de los 400.000 pesos que les había hecho llegar Perón y gastar algo a cambio de seguridad. Sus padres temían por ella, ella por sus padres.

El mensajero se conmovió por la desesperación de Nelly. *Venga conmigo, que la llevo a la cañonera con el presidente Perón. Tengo el auto en la puerta. Busque algún saco, algún abrigo y vámonos ya. Yo no puedo abandonar a mis padres. Usted no sabe cómo los hacen sufrir. ¡Han envejecido tanto en estos días! Señorita, dejemos pasar dos o tres días y la llevo. No puedo irme y dejar a mis padres a merced de estos malditos, si no, me iría ya mismo.*

El hombre se retiró y ella se quedó en silencio, pensando que acababa de renunciar al amor y a la Historia. No hubo demasiado tiempo para abismarse en el arrepentimiento: tres golpes imperativos sonaron en el ambiente y Nelly cruzó una mirada de agobio y derrota con sus tíos. Los golpes se reiteraron con más energía y dijo, resignada: *Abrí, antes de que tiren la puerta abajo.* Dos marinos uniformados y tres policías de civil se plantaron como furiosos dueños del espacio. Un marino apuntó a Nelly: *Así que vos sos la putita.* El resto fue el desastre de la requisa que destripó la casa en la búsqueda de lo que encontraron sin esfuerzo: las joyas de Eva que Perón le había cedido, 390.000 pesos y el botín más deseado: las dos cartas escritas y firmadas por Perón. Se hubieran retirado triunfantes con eso, después de jugar con matar a los caniches, pero el regreso inoportuno de María y José prolongó la función para desgracia del padre, que soportó una tunda atroz en el dormitorio, mientras lo acusaban de haber entregado a su hija al tirano hijo de puta, al tirano cobarde, al tirano ladrón, al tirano violador, al tirano prófugo. Un desgarró cruzado por llantos, ruegos, gimoteos y palabras de incomprensión, una desesperada presunción del horror que se venía fue lo único que quedó en la casa de los Rivas cuando los marinos y los policías se fueron llevando las cartas, el dinero, las joyas y la promesa de volver para ampliar las desgracias.

No hizo falta que regresaran con armas e insultos para que subiera la cota del dolor. Bastó azorarse con la lectura de los diarios del domingo, con la reproducción facsimilar de las cartas de Perón a Nelly, con el repertorio de las burlas y descalificaciones morales, con la profusa imaginación perversa de los editores y redactores que soliviantaban su gula sexual con la historia de la pasión senil, con la niña elegida en alguna bacanal de Olivos vaya a saber por cuáles y retorcidas virtudes amatorias, sobre las compensaciones eróticas que necesitaba el cuasi impotente Calígula criollo.

También con la sugerencia de que Nelly, una víbora, había vendido esos textos a los medios,

poseída por una maldad sin fondo, por deseos de venganza —¿acaso él no había galanteado con Gina Lollobrigida en sus narices? y ¿quién era la mujer misteriosa que lo había visitado en la cañonera dos días atrás?— y por la ambición de mantener un desaforado tren de vida ya sin el padrínazgo del tirano depuesto. Ella supo que Perón jamás creería que eso era cierto. El General, desde la cañonera, a la espera del salvoconducto para partir, debió desmentir que esas cartas hubieran salido de su mano y pensó que Nelly se iba a dar cuenta de por qué lo hacía. El robo de las cartas y su entrega a los perros de la prensa era un evidente primer paso para acorralarlo con otra causa más, que tendría un condimento morboso apto para reforzar su execración con la acusación de estupro.

Ese mismo domingo, en su vivienda de la calle Estados Unidos, de Villa Caraza, partido de Lanús, al sur de la Capital Federal, Blas, el cocinero de Perón, el tío Blas, cerró el periódico con indignación. Se sirvió otro mate pensativo, consultó su reloj y decidió adelantar la hora de despertar al compañero Tehuelche; necesitaba hablar con él sobre futuras venganzas, necesitaba monologar mirando sus diminutos ojos acuosos y comprensivos. Levantó el paño oscuro de la jaula y lo saludó. El loro se sacudió, se tomó un tiempo para adecuarse a la luz y escuchó paciente a su salvador.

8

Solo, en esa casa de material semivacía y a medio construir, porque el Palacio Unzué se había constituido en su verdadero hogar y la vivienda propia era un proyecto lento y lejano a concretar en aquel futuro incierto en el que Perón ya no lo necesitara, el cocinero Blas pensó en cómo hacer medianamente habitable esos dos ambientes de ladrillos expuestos y polvorientos donde ahora, además, tenía que convivir con una de las mascotas preferidas del General. Blas tenía un temor impreciso —¿serían capaces de ir a buscar al cocinero del General?— y un furor determinado contra los golpistas, los gorilas, los contreras que se habían hecho del poder.

Devoraba y salivaba la prensa que escarnecía al régimen caído, insultaba en una incomprensible glosolalia gallega el ensañamiento contra Nelly Rivas y seguía el destino de penitente de la niña, sus ojos vencidos y furibundos contra un fotógrafo que la embestía en algún antro leguleyo de la dictadura.

Blas se había propuesto pasar inadvertido sus días en Villa Caraza. Los pocos vecinos que sabían de su condición de cocinero de Perón —dos de ellos, cuñados, y uno de ellos, mi padre, lo habían ayudado a delimitar su terreno, a poner los primeros pilotes y cementar los ladrillos— habían propagado su fama e iban a consultarlo como a un augur. La condición canora del Tehuelche hizo el resto y transformó su vivienda inconclusa en un mito susurrado y barrial.

El loro no estaba solo en su impulso transgresivo. Así como en las paredes aparecían pintadas rápidas y clandestinas, así como un comercio odiado sufría un súbito desmoronamiento de cristales rotos, así como explotaba una bomba lejana en la alta noche, así como un pirómano solitario incendiaba una estación de servicio de la Shell o se arrojaban clavos para paralizar el transporte en los días de huelga, también desde algún incógnito ventanal, patio, vereda o rincón de una plaza se escuchaba el silbido de la música interdicta. Porque el Tehuelche sentaba sus reales en un enclave de la resistencia peronista, en un barrio popular en el que, incluso, por unas horas, en una de sus paredes pudo leerse: *Todos los países del mundo han reconocido a Lonardi. Villa Caraza, no.*

Esa imaginaria popular inorgánica primero, con crecientes y diversos grados de organización después, fue desquiciando a los asaltantes del poder, que formalizaron su nerviosismo con un decreto ley, el 4161, que desde el 5 de marzo de 1956 prohibió utilizar las imágenes de Juan Perón, de Eva Perón, de toda insignia o símbolo partidario; también prohibió entonar la marcha

Los muchachos peronistas, Evita Capitana y toda música, silbo o tarareo que evocara al dictador depuesto o a su mujer muerta y su cadáver desaparecido y, por esos días, clandestino e insepulto. También impedía mencionar siquiera sus nombres y/o registrarlos en cualquier crónica, historia o suelto periodístico.

A Blas, que se había solazado con esa habilidad cómica, lírica y política del Tehuelche, la situación comenzó a preocuparle. Dejó de sacarlo por las tardes para que hiciera su *show* sobre el pilón donde habían instalado el medidor de la luz en la vereda. Dejó de invitar a vecinos que concurrían con amigos y parientes a comprobar la leyenda.

Una mañana, luego de un sábado solipsista, bronco y alcohólico, se levantó y el perico no estaba. Lo llamó. Le silbó la marcha como anzuelo, pero no hubo respuesta. El loro se había fugado para cantar sin pausa, aunque algún gorila irredento avisara a la policía. *Un perico canta la puta marchita. Le despaché tres balazos pero los esquivó el muy turro, no sé cómo. Hagan algo. Anda por ahí, saltando de casa en casa por la calle Estados Unidos.* Los policías provinciales, noqueados de sueño, preferían bostezar en los incómodos bancos de las seccionales o roncar a pata suelta antes que salir a buscar un loro. Pero fueron conminados, arengados, insultados aun: la gravedad de la hora patria no consentía que un loro de mierda levantara la bandera de una conspiración. *¡A la cargaaaaa! Salgan, encuentren y revienten a ese puto loro peronista.* Una brigada bostezante e insomne salió a buscarlo. *Está por allá. Y no estaba. Por allá. Y tampoco estaba.*

El Tehuelche cantaba sin cesar sobre los tejados, disimulado entre ramas verdes, como un ave traviesa que pone huevos en lugares incógnitos y sale volando hacia otro rumbo. *No podemos atraparlo, señor. ¡Cómo que no pueden! Cuando lo identificamos, señor, cuando nos acercamos a su posición de combate, se nos vuela hacia otra, salta de rama en rama. Inútiles, no me digan que voy a tener que pedir refuerzos a los gendarmes. No estaría mal, señor. ¡Inútiles!*

La policía provincial, reforzada por la gendarmería, serpenteó por las calles de Villa Caraza. El loro elusivo era una flecha verde que siempre cantaba lejos: *¡Un grito de corazón! ¡Viva Perón! ¡Viva Perón!* Vecinos, compañeros querían guardarlo, protegerlo, pero el Tehuelche parecía estar al tanto de su misión. Como si supiera que para cantar resultaba imperioso no tener dueño. Por eso, se escapaba aun de quienes se proponían protegerlo y pasarlo a la clandestinidad. *Y como siempre daremos/un grito de corazón/¡Viva Perón! ¡Viva Perón!*

La mañana de Lanús, la mañana de Villa Caraza, ganaba mala fama en los despachos oficiales. *¡Revienten a ese loro, la concha de su madre! ¡No nos va a aguar la fiesta de la libertad!* El Tehuelche no sabía, no podía saber, que se equivocaba al tomarse un descanso sobre una pequeña palmera pretenciosa. El propietario de la casa de la pequeña palmera pretenciosa, que estaba al tanto del desvarío que el loro había generado entre sus camaradas de armas, buscó una bolsa de arpillera, se acercó al loro con pasos sordos e invisibles y lo atrapó. Llamó a sus amigos de la Unidad Regional 1 de Lanús, que le ordenaron: *Traiga a ese loro, tráigalo ya.* Poseído por una extraña, admirable y comentada inteligencia, el loro cantor se negó a hacer declaraciones, pero de vez en cuando matizaba su silencio con las primeras estrofas y algunos compases de la marcha peronista y soportaba *ipso facto* la segura represión física. *¿Qué hacemos con este loro?*, le preguntó el jefe de la Unidad Regional de Lanús a su jefe, su jefe al gobernador *de facto* de la provincia de Buenos Aires y el gobernador *de facto* de la provincia de

Buenos Aires al mismísimo presidente *de facto*, general Pedro Eugenio Aramburu. Y el presidente *de facto*, el dictador, sobrepasado, hartado ante los desafueros mayores que debía resolver dijo: *Maten a ese loro de mierda, revientelo de una vez. ¿Qué carajo esperan?* Lo que en la Unidad Regional I de Lanús fue interpretado como otra orden de fusilamiento.

Entonces se formó el pelotón, un pelotón de fusileros vergonzantes, entre los que se alistaba más de un peronista solapado. El jefe de ese pelotón recordó que el protocolo ordenaba piadosamente vendar los ojos de las víctimas, pero el Tehuelche rechazó, con violentos picotazos que dejaron marcas en las manos asesinas, la venda blanca y ennegecedora que le querían imponer y enfrentó la descarga con los ojos fijos y abiertos y, más aún, según alguno de los temblorosos fusileros, sacando pecho.

9

El acoso se notaba en todo, era un arrinconamiento ultrajante, rústico, amenazante con los cuerpos, salivoso y sucio con las palabras. Abarcaba cualquier signo de pervivencia peronista, desde una mínima huella de gestión social encontrada en un pueblo perdido hasta la sexualidad de él, la del tirano depuesto, obsesión húmeda de la calentura libertadora que emprendía así una suerte de castración pública para que el dictador macho no volviera a violar el cuerpo de la Nación, no volviera hacerle a los bien nacidos del país lo mismo que había hecho con las chicas de la UES, como Nelly Rivas.

Nélida padeció esos afanes de cuerpo presente, en el despacho tribunalicio donde los verdugos se turnaban para acosarla: *¿Vos no te avivaste que estabas con un hijo de puta? Hablá, mosquita muerta. ¿Te chupaba las tetas? ¿Te lamía el coño? ¿Te la metía por el orto ese hijo de puta? ¿Gozabas como una yegua con la poronga del tirano? ¿Cuánto tiempo se la tenías que chupar para que se le parara a ese viejo impotente? Te gustaba chupársela, te gustaba, ¿eh? ¿Y ahora de qué te la das con esa carita? ¿Qué te vio ese hijo de puta? Mostrá las gomas, bombón; el culo mostrá. ¿Con qué se calentaba tu peroncito, bebé?* Ella solo les devolvía unos hipos llorosos. Alguno de los verdugos le tiraba del pelo; otro la fusilaba a los ojos, cara contra cara, mientras la magreaba: *Ese canalla va a reventar cuando sepa lo que te estamos haciendo, y ya nos vamos a encargar de que lo sepa. Qué lástima que se nos haya escapado el cagón ese, me gustaría tenerlo acá con vos, para filmar una película pornográfica: «El tirano y su putita».*

El segundo interrogatorio fue más formal. La acusación de estupro y el pedido de captura internacional contra Perón ya estaban en marcha y, en paralelo, se había formado un Tribunal Superior de Honor del Ejército conformado por altos oficiales —Carlos Vonder Becker, Juan Carlos Bassi, Víctor Jaime Majó, Juan Carlos Sanguinetti y Basilio Pertiné—, atravesado por un aire de grave premura e irreprochable dignidad. Las preguntas, entonces, fueron más retorcidas; el lenguaje del goce inquisitorial se enmascaraba con palabras blancas que profundizaban la miserabilidad. Otra circunstancia turbó aún más el espíritu atormentado de Nelly: el tribunal militar se había establecido en el mismísimo Palacio Unzué, ya saqueado, ya lastimado y luego acondicionados sus amplios espacios para la turbia maquinaria vengativa y burocrática de la autodenominada Revolución Libertadora. Nelly fue trasladada junto con su madre, pero a María la obligaron a permanecer en el auto mientras su hija declaraba, sin compañía y sin abogado

defensor. Al salir de ese ámbito donde su vida había girado irreversiblemente hacia la gloria primero y hacia su reverso funesto después, el oficial de la Marina que la devolvió al vehículo y que había presenciado las sevicias del interrogatorio se animó a decirle a la desolada Nélida: *Sepa, señorita, que yo no he hecho la revolución para esto.*

Nelly Rivas no encontraba un madero para flotar en el naufragio, sobrevivía por sus padres que sobrevivían por ella en esa casa asediada de la que querían borrarse cuanto antes. El padre había alcanzado a señalar otra vivienda con parte del dinero que Perón le había dado a Nelly para que afrontara ese tiempo infame. Los tres permanecían en los cuartos sombríos, como escondidos para no toparse con la guardia de turno que, uniformada o de civil, les hacía sentir su presencia con silbidos, insultos, gritos, miradas fijas que anunciaban que lo peor aún no había pasado. La gente de la calle se dividía en dos: aquellos que los saludaban a hurtadillas, como una cautelosa señal de apoyo, y los que los escarnecían, vociferantes, en la vereda, en la panadería, en el ómnibus. Esa situación levantó espuma cuando cuatro mujeres que esperaban a la madre en la esquina se abalanzaron sobre ella ante la pasividad y la risa de los guardianes de turno. Arrinconaron a María Sebastiana contra la pared y ella cayó en la vereda, descomponiéndose en una defensa inútil; allí la redujeron a patadas, mientras la insultaban y le cortaban el pelo como a tarascones con las tijeras exageradas que habían llevado para acentuar la humillación. María regresó a la casa, lastimada y respirando bocanadas de un aire que parecía ausentarse de su hogar, de Vicente López, de la vida. El padre digirió la impotencia con una iniciativa: fugarse a Paraguay.

Perón ya estaba en Panamá, pero en la frontera paraguaya los dejarían pasar, con la misma determinación con que habían salvado al General; desde allí se conectarían con él para reencontrarse.

Entendían que, asediado por bandas que buscaban matarlo en Asunción, Perón no había podido cumplir con el rescate prometido a Nelly. Todas las conexiones se habían perdido en el país sitiado, pero, traspasada la frontera, se recompondrían.

José alquiló un auto con chofer y emprendieron un viaje ansioso por la ruta 12. Sin embargo, todos sus movimientos estaban controlados. Otro auto los persiguió; a veces se aliviaban si lo perdían de vista, pero siempre reaparecía cuando paraban en una estación de servicio o en un bar, cuando se introducían calles adentro de un pueblo con la intención de despistarlos. Toda la apuesta se jugaba en la fantasía de que los gendarmes se compadecieran y los dejaran cruzar la frontera. Era un imposible: la guardia ya estaba alertada de que pasaría la chica de Perón con sus padres y los obligaron a volver, a asumir como inescapable el infierno cotidiano que el poder había preparado para ellos.

Uno de los círculos más lacerantes de ese infierno era el de las declaraciones judiciales de Nelly, el de los interrogatorios babosos y ultrajantes de los que regresaba con una congoja sin fondo y deseos de despedirse del mundo. Era imposible calcular la evolución de ese proceso que le habían iniciado a Perón, pero estaba claro que también había sido planeado como martirio para los Rivas y radioteatro erótico para la platea. Según la imaginativa línea argumental de la dictadura, Nelly era la víctima, pero a todos los fines la trataban como acusada, más aún cuando no conseguían que ella pronunciara una sola palabra contra el General, una sola frase de arrepentimiento que condenara al tirano. Ningún interrogador podía arrancarla de su sincera línea defensiva cuando una y otra vez decía con orgullo que ella era una mujer enamorada y,

afortunadamente, correspondida en su amor. ¿Cuál era el delito? Esto reventaba a la comparsa judicial, porque de lo que se trataba, además de alimentar el morbo propio y el morbo público, era de desacreditar al dictador, de acusarlo y sentenciarlo como a un criminal.

Para los Rivas la casa de Vicente López era una cárcel; la cuadra, un presidio; la manzana, una penitenciaría; la ciudad y el país, un infinito campo de concentración. Padres e hija, con la frecuente visita de los tíos Emma y Manuel, se tenían uno al otro en un espacio reducido para cambiar dolor por dolor, miedo por miedo. Hasta que un día la encerrona cambió de forma cuando dos policías golpearon la puerta con la debida sonoridad intimidante y exhibieron la orden de un juez de Instrucción, Ernesto González Bonorino, que la llevaría a Nelly primero a Tribunales y luego al Asilo San José. No era una detención, no, explicaron con pocas palabras y una hipocresía a sabiendas; era un acto de protección. La familia bajaba así otro escalón de derrota y el silencio de Nelly, su entrega zombie a lo que se viniera, comenzaba a enhebrar un imponderable diálogo con la muerte.

En los Tribunales le impusieron un primer castigo distraído, arrojándola sin tiempo y sin datos, por largas horas, en un banco que un guarda vigilaba a unos pasos, yendo y viniendo por la galería. Ella calculó tiempo y distancia y se tiró el lance de saltar hacia el patio central. La atraparon casi en el aire, cuando se acercaba a la baranda para apoyarse y hundirse en el vacío.

Reforzaron la guardia hasta que le hicieron firmar unos papeles y le anunciaron su destino de reclusa.

Su impavidez no le alcanzó para recibir con indiferencia el ingreso al San José. Después de que la obligaran a desnudarse y le entregaran un guardapolvo carcelario, la llevaron al pabellón donde se alineaban unas cincuenta camas; allí cayó sobre un colchón tajeado, cubierto con sábanas sucias, en tanto le retumbaban los gritos que le habían dispensado mientras avanzaba por el corredor de ese asilo gris, ocre, húmedo, descascarado, que alojaba a las adolescentes y jóvenes arriadas de alguna *razzia*, desde zonas rojas apenas simuladas. *Mirá, mirá la que se garchó a Perón. ¿Es cierto que la tenía cortita el Pocho? Qué honor, me voy a coger a la que se cogía el General. No, no, dejámela a mí. Hola, bomboncito, no estés tan triste, acá te la vamos a hacer pasar bien.* Se trataba de chicas detenidas y magreadas en un primer confinamiento, en alguna comisaría federal o provincial; desdentadas o cariadas las más, sifilíticas algunas, prostitutas jóvenes que llegaban desde el subsuelo patrio y pervivían allí con turbios mecanismos de defensa, trampas inocentes a las monjas más débiles, alguna asociación lésbica para buscar un poco de amor o la protección de las más fuertes u obtener miserables ventajas: una frazada, un bocado que al final multiplicaba el hambre.

Nelly no pudo mantener su plan de piedra. Las amenazas, la mugre, la soledad, la severa disposición de la monja que la acompañaba sin un mínimo gesto de piedad, le aflojaron un llanto que la vació. Compensó su definitivo desconsuelo abrigándose con una recuperada fantasía: clausurarse en un convento; rezar, rezar hasta que el entorno se secara, hasta que los objetos se enjuagaran, hasta que toda materialidad se tornase líquida; rezar, rezar, hasta que las mismas palabras de la oración no tuvieran significado. Obligada a cumplir las rutinas, trató de desmarcarse: no comía, no caminaba por el patio, juntaba fuerzas para sacarse de encima a las chicas agresivas que se le acercaban amenazantes, profería gritos de manicomio y se deterioraba a la vista de todos.

Cumpliendo órdenes del Juzgado, rechazaron los alimentos y los abrigos que los padres le

habían acercado en la única visita donde apenas pudieron intercambiar llantos; de ese modo, María y José eran partícipes del castigo que se profundizaría cuando, ya acusados de partícipes necesarios en la causa de estupro, fueron confinados con prisión preventiva; el padre, en la cárcel de Villa Devoto, y la madre, en el Correccional de Mujeres.

El pabellón del San José tenía una activa y asordinada vida nocturna. A los pocos minutos de que las luces se apagaran, podían escucharse rápidos pies descalzos, deslizamiento de sábanas, cuerpos lúbricos y orgasmos ahogados. Nelly, codiciada, se defendió armando escándalos que terminaban con la aquiescencia de la vigía nocturna. El desbarajuste desarmaba los placeres clandestinos, acaso el momento más buscado en esas jornadas de vidas secas, y debió intervenir la Madre Superiora, que la apartó en una celda solitaria.

El descenso inane de Nélide ya estaba acompañado por un creciente sarpullido. *Te vas a tener que acostumbrar, todas estamos así.* Pero ella se laceró más, rascándose con energía y provocándose llagas. El médico del asilo diagnosticó una infección que merecía cuidados especiales y quizá una operación, pero ella se ocupaba de llorar, de quitarse de encima cualquier resistencia que la apartara de una imparable caída en picada.

La única pausa de alivio se la entregaba el chofer de la camioneta que la trasladaba a Tribunales y le acercaba noticias sobre sus padres, le decía que Perón estaba bien en Panamá, le ofrecía un dinero inútil. En el tercer traslado, el hombre le advirtió: *Señorita, ¿usted sabe adónde va? No, no lo sé. Va a Tribunales, como siempre, pero a una revisión médica ordenada por el juez para constatar la relación que tuvo. No se deje tocar y, si la quieren obligar, grite, porque el lugar estará lleno de periodistas.* El consejo paternal del chofer la vivificó, como si la llamaran a un juego que sabía jugar ante esos dos médicos que trataban de ocultar su delectación tras el aire profesional y el guardapolvo blanco.

Desvestite. ¿Para qué? Para una revisión y hacé lo que te digo. No te hagas la decente ahora. Yo no me desvisto nada. Vos te vas a desvestir, mocosa sucia. No me toque porque voy a gritar. Las órdenes y las negativas se reiteraron hasta un límite comprometedor, con la prensa detrás de la puerta, aguardando transmitirle a todo el país la confirmación del himen de Nelly Rivas oportunamente perforado por Perón. En una pausa de la pulseada, uno de los médicos le dijo: *No tuviste vergüenza de estar con Perón y tenés vergüenza de desvestirte ahora. ¿Qué vas a tener vergüenza? Si vos y un trapo de piso no tienen diferencia.*

Nelly retornó invicta al asilo, donde siguió empeñada en desvivir. Salía cuando el juez González Bonorino quería distraerse. *¿A qué clase de mujer pertenecés vos, a las ardientes o a las frías? No sé. Es imposible que seas fría, tu labio inferior corresponde a las personas ardientes.* El juez tenía toda la potestad para manejar la causa a su antojo y cumplía una tarea hacia adentro y hacia afuera del Poder Judicial, arrojándole letra a los diarios para que se entretuvieran y agigantaran la criminalidad de Perón, la lascivia de la chica de la UES, la imperdonable conducta de los padres, que habían arrojado a su hija a los brazos de un ogro. Pero, aun desde su resignación, de su autodeclaración de vencida, Nelly no le hacía las cosas fáciles a nadie. Al plenipotenciario juez de Instrucción le hubiera complacido y favorecido encontrar a una víctima, no una voz desganada que le decía: *Yo lo quise, él me quiso, ¿cuál es el pecado? Todo fue por amor, por amor, por amor. Me enamoré locamente como nunca nadie en el mundo y él también se enamoró.* Esas palabras, y las de los empleados del Palacio que protegían a Perón, no ayudaban a que progresara la causa; tampoco las sinceras declaraciones de los padres:

Lo sospechamos, sí, desde un principio y tratamos de evitarlo. Es cierto, pero hay veces en que no hay edad para estas cosas. Finalmente él fue muy bueno con ella y con nosotros. Encima, un digno y conocido abogado, el doctor Juan Ovidio Zavala, para peor radical y declarado antiperonista, tomó la defensa de la familia Rivas y supo disparar: *El estupro es un delito de acción privada. Si no hay denunciante, no hay víctima; si no hay víctima, no hay delito.*

En los foros, en los bares del barrio de Tribunales, en los Consejos Profesionales, hasta los abogados más gorilas se animaban a decir que esa causa era insostenible, aunque Perón fuera un mal nacido y un abusador. Entretanto, a González Bonorino le importaba cumplir con un plan dirigido desde la casa de Gobierno por el imaginativo y sinuoso vicepresidente Isaac Francisco Rojas, que consistía en repartir paladas de calumnias a la prensa y, con eso, hacerse de unas ganancias extras. El juez le propuso a Nelly que, para mejorar su situación, concediera reportajes a los diarios, a las revistas del corazón, a la tele. Ella se negó. Sin embargo, se publicaban notas, así como en las audiencias aparecían sorpresivos fotógrafos, repentinos camarógrafos que activaban sus lentes y huían como rateros. Los artículos eran escritos por redactores voluntariosos que completaban la copiosa inventiva de González Bonorino, que relataba historias de acosos y remordimientos y presentaba a una chica vivaz, ambiciosa e irresponsable que, de todos modos, no volvería a hacer esas porquerías con aquel pederasta inclasificable. Una editorial inglesa le propuso al juez que Nelly relatara sus amores con el General para un libro autobiográfico que tendría un lanzamiento internacional y unas ventas millonarias en todo el planeta. González Bonorino aceptó un abultado adelanto y con ardides para nada esforzados consiguió que Nelly firmara un contrato.

En el Asilo San José, la contrafigura de quien protagonizaba esas historias se hundía cada vez más. Debía ser operada de la piel, pero antes de eso su organismo tenía que recomponerse, algo que no se podía intentar sin la colaboración de la paciente. Su tristeza había ingresado en la gruta de la depresión y una apendicitis aguda derivó en una urgente cirugía durante la cual los médicos comprobaron que también estaba comprometido el hígado. Se sentía morir y pidió la extremaunción. Después de unos días de suero y entresueño, se encontró con un severo dictamen profesional: no podía permanecer en el asilo sin riesgo de vida. Se habló de ella hasta en la Casa de Gobierno: si la dejaban morir en el San José, la negrada peronista la iba a canonizar a esa putita como a una santa del amor y una víctima de la persecución política. El doctor Zavala se filtró por ese temor y consiguió devolvérsela primero a su abuela paterna y luego a sus padres, también liberados. Cuando pudo respirar, cuando su corazón y su cabeza estuvieron levemente más oxigenadas, le escribió a Perón una carta donde la clave estaba en el párrafo final: *Por mi parte estoy aún bajo la tutela de la Corte. No puedo salir de la Argentina libremente pero el matrimonio podría ser efectuado por procura y así obtendría automáticamente el derecho de viajar al extranjero. Si Perón quiere tomar en consideración esta solución que le propongo quiero que lo haga libremente, espontáneamente por el afecto que lo une a mí y sin ninguna obligación. Creo en Dios y estoy dispuesta a enfrentar cualquier cosa que me reserve el futuro.*

No hubo respuesta. El vapor emocional y físico sobre cuya persistencia se había expedido Perón en las cartas iniciales se borroneaba cada vez más, con o sin excusas. En el hotel Washington del balneario de Colón, en Panamá, Perón conoció a Eleonor Margaret Freeman, la «gringuita» con la que intercambió enseñanzas de inglés y español y el bosquejo de un romance que sofocaron la embajada norteamericana, la CIA y las amenazas policiales de difundir

internacionalmente que el Barbazul argentino había secuestrado a una bella joven norteamericana que administraba restaurantes en Chicago. A pesar de las presiones, algo había quedado dibujado en el aire entre el general sesentón y la joven yanqui. Cuando la gringa volvió a buscarlo meses después a Caracas, en 1956, no pudo ni rozar el muro que una bailarina riojana de 24 años había comenzado a construir en torno del General, desde que lo conociera en la Navidad panameña de 1955. Desde aquellos merodeos con Eleonor y, sobre todo, por la fulminante convivencia con la artista de varieté María Estela Martínez, alias Isabel, todo indicaba que Nelly Rivas ya no estaba en la constelación de Perón.

Cuando el dolor de la pérdida la desbordó, Nélida Haydeé Rivas tenía la cabeza apoyada en sus brazos, sobre la mesa del *living* de una casa liberada del círculo de hierro. Con solo 17 años, ya había conocido todas las desesperanzas. Pensó que debía tomar una decisión: matarse o plantarse sobre un eje y configurar un futuro posible. Estaba aturdida, extenuada, harta de que los periodistas la persiguieran y le inventaran historias tan sórdidas como falsas, de que la fotografiaran a la salida de oficinas sepias y desalmadas; era insufrible asistir al calvario de sus padres. Entonces, sobrina, Nelly se encomendó a su Dios y prometió borrarse del mapa dramático que la contenía y de la mismísima historia del país, cruzada con el amor de su vida. Con la mirada inmovible y determinada, tristísima y sin saber de qué rincón de su alma iba a recargar fuerzas, se prometió una última arremetida para encajarse en algún destino, haciendo todo lo que pudiera por tornarse invisible.

Nota del autor

La niña de sus ojos es, plenamente, una novela, aunque por sus páginas transcurran sucesos históricos y personalidades reconocibles de la vida política argentina. Algunos hechos están transgredidos según la coherencia interna que elegí darle a la narración y varios personajes son absolutamente ficticios, de tal manera que todo confluye en una obra de creación.

De los libros que abordé para escribirla, las deudas mayores son con *Amor y violencia*, de Juan Ovidio Zavala, quien fuera el defensor de Nelly Rivas. Las cartas de Perón y de Nelly incluidas en esta novela, de las que he conservado su forma original, es decir sin corregirlas, forman parte de ese libro documental. La anécdota del fusilamiento del loro que desató mi imaginación y mi búsqueda, si bien se narra en el texto *Yo conocí a Perón* de Luis Longhi, ya me había sido referida por el entrañable Pepe Quintana, periodista del legendario diario *Crítica*. Una vez anunciado de la existencia del loro de Perón y de su heroica desventura final, decidí no hacer una investigación de campo, ni siquiera molestar a Pepe Quintana para apuntar más datos, pues no era mi intención caer en una vicaria dependencia de la realidad. Tomé por otro camino, con el convencimiento de que las ficciones suelen entregar certezas que finalmente resultan más necesarias.

El verdadero final de este relato sí lo escribió la realidad: al regreso de su exilio en 1973, Perón recibió a Nelly, que concurrió con su marido al domicilio que el General ocupaba entonces en el partido bonaerense de Vicente López. Aquel encuentro, tenso y amable, concluyó con una contundente frase de Perón: «Entenderás que es la última vez que nos vemos».

Nélida Haydeé Rivas había conseguido rearmar sus días en la búsqueda del anonimato y a favor de una vida sencilla. Algún escriba aburrido o desalmado, algún dirigente político extraviado, como Miguel Ángel Zavala Ortiz, el canciller de Arturo Illia, que detentó la presidencia entre 1962 y 1966, había tratado de agitar la causa por estupro, ya sin éxito.

Casada con un bancario con el que tuvo dos hijos, Nelly Rivas murió viuda y en la pobreza en 2012.

Índice de contenido

[La niña de sus ojos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[Nota del autor](#)



VICENTE MULEIRO (Buenos Aires, Argentina, 1951). Es escritor y periodista. Publicó dos novelas para adultos: Quedarse con la dama y Sangre de cualquier grupo y cuatro libros de poemas: Para alguien en el mundo estamos lejos, Boleros, Pimienta negra y El árbol de los huérfanos. Obtuvo premios en la Argentina y en España. En el año 2001, en coautoría con María Seoane, publicó El dictador. En 1998 ganó el Premio Rey de España de periodismo.

Fue secretario de redacción de la agencia DyN, director periodístico de la agencia Télam, editor de la revista cultural Ñ y subdirector de Radio Nacional, donde condujo entre 2012 y 2015 el programa Vía libro. En nuestro país, fue premiado por el Fondo Nacional de las Artes, la Fundación Antorchas y la Secretaría de Cultura de Buenos Aires.